



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

TEORÍA DE LA CRÓNICA PERIODÍSTICA EN PRENSA: UN ESTADO DE LA CUESTIÓN

Autor

Beatriz Aranda Palacio

Director

Maite Gobantes Bilbao

*Facultad de Filosofía y Letras / Grado en Periodismo
Julio de 2013*

ÍNDICE

0. Resumen.....	1
1. Introducción.....	2
2. Aproximación al concepto de género periodístico.....	4
2.1. Propuestas de clasificación de los géneros.....	5
2.2. El concepto de interpretación.....	7
2.3. Los géneros interpretativos.....	11
3. Fundamentos y definición de la crónica.....	14
3.1. Caracterización: un decálogo.....	17
3.2. Modo de hacer.....	22
3.3. Técnica.....	24
3.4. Tipos de crónica.....	26
4. La mirada, principio del periodismo literario.....	30
5. Historia de la crónica, un género entre la literatura y el periodismo.....	33
5.1. La crónica de Indias.....	35
5.2. Nacimiento del periodismo.....	36
5.3. Nuevo Periodismo.....	38
5.4. En la actualidad.....	41
5.5. Crónica latinoamericana.....	42
5.5.1. Crónica argentina: la figura de Martín Caparrós.....	43
6. Conclusiones.....	45
7. Bibliografía.....	48

RESUMEN

Teoría de la crónica periodística en prensa: un estado de la cuestión

Beatriz Aranda

No parece sencillo hallar una idea común que realmente explique las bases sobre las que se asienta el género periodístico de la crónica, debido a su carácter poliédrico como heredera de los modos de hacer de la historia y la literatura. Muestra de ello es la gran variedad de definiciones existentes en torno al género, las cuales pueden dejar una cierta sensación de confusión. Este trabajo ha tratado de sistematizar los diferentes aspectos que dan forma a la teoría de la crónica. En este sentido, uno de sus puntos fuertes es una caracterización a modo de decálogo en el que se recogen una serie de elementos que pretenden dar la idea de lo que debe estar presente en toda crónica.

El objetivo de este trabajo es reunir los fundamentos teóricos de la crónica periodística para componer un estado de la cuestión, y así conseguir una mejor comprensión del género escrito con mayor riqueza de matices, para evitar su pérdida de presencia en los periódicos.

Palabras clave: crónica, interpretación, género periodístico, mirada, periodismo literario, cronista, Nuevo Periodismo

1. Introducción

Lo que me empujó a centrar este estudio en un género tan poliédrico como es la crónica periodística fue, primero, mi atracción por la misma, ya que siempre me ha parecido fundamental en el periodismo, y sobre todo en el ámbito cultural, que es mi preferido. Esta predilección me llevó a pensar que en las clases sobre los géneros escritos, las explicaciones sobre la crónica me sabían a poco; lo cual, unido a la sensación de que la presencia del género en los periódicos era cada vez menor, hizo que no pudiese dejar pasar la oportunidad de explorar con más profundidad la crónica escrita en este Trabajo de Fin de Grado.

El objetivo del presente texto es profundizar en los fundamentos teóricos de la crónica periodística en prensa, realizando un *status quaestionis*, es decir, una complicación y análisis de lo que los estudiosos del género han dicho sobre ella. Para hacerlo de forma ordenada, hemos estructurado el trabajo en cuatro bloques; unos, quizá con mayor importancia que otros, pero creemos que todos ellos están justificados.

Empezando por lo general, en el primer apartado se realizará una aproximación al concepto de género periodístico. Comprender qué son los géneros, así como repasar las diferentes propuestas de clasificación de los mismos, y detener la mirada en la interpretación y los géneros que la acompañan son los principales objetivos de esta primera parte.

En el segundo capítulo abordaremos la teoría de la crónica, partiendo de las definiciones que los estudiosos han publicado sobre ella, y continuando con las características que, consideramos, posee el género. Además, se incluirán algunos apuntes sobre cómo elaborar una crónica, tanto en la actitud del periodista como en la técnica que se considera adecuada. Y esta parte de estudio específico de la crónica finalizará con las diferentes tipologías que han sido propuestas por algunos de los principales teóricos.

A continuación, dedicaremos un bloque, algo menos extenso que los anteriores, a la mirada. Se podría considerar una característica más de la crónica pero creemos que tiene una entidad propia porque es lo que da origen a un concepto que aparece por primera vez en el trabajo, muy relacionado con el género: el periodismo narrativo o literario. En este capítulo se presenta un tipo de periodismo vinculado a la literatura, que nace a partir de la subjetividad del autor, y por eso consideramos que merece tener su propio lugar en este trabajo.

En esta misma línea se encuentra también el último de los apartados: la historia de la crónica. Al tratarse la crónica de un género con tan larga trayectoria, no podíamos

centrarnos únicamente en la historia de la crónica periodística. Su carácter multidisciplinar nos lleva a presentar su desarrollo como un modo de comunicación especial, por encima del ámbito periodístico. Como se trata de una historia que hunde sus raíces en los propios inicios de la comunicación escrita, hemos considerado más efectivo para la comprensión de la evolución de la crónica destacar determinados hitos históricos que han marcado su avance, por orden cronológico.

La metodología empleada para ello consistirá en la revisión de la bibliografía sobre la crónica como género periodístico –dentro de los márgenes de un Trabajo de Fin de Grado–, mediante el estudio de algunos de los principales autores que han trabajado, investigado y teorizado la crónica. En los dos primeros bloques de este trabajo aparecerán nombres como los de María Jesús Casals Carro, Gonzalo Martín Vivaldi, Lorenzo Gomis y Álex Grijelmo, entre otros. A través de la presentación de sus propuestas, se compone el panorama teórico a partir del cual podremos extraer diferentes conclusiones sobre los conceptos estudiados. Los dos últimos capítulos del trabajo se ocuparán de la historia, incidiendo en la relación indisoluble entre periodismo y literatura.

Con la presentación de todo este contenido se pretende lograr que el lector pueda formarse una idea sobre lo que es la crónica, y cuál es su situación en la actualidad. Quizás el género no pueda desprenderse de esa nebulosa de confusión que parece rodearle porque, como veremos y como dicen, la crónica es un debate; pero la intención de este trabajo es conseguir que el concepto se perciba de manera más concreta de la que se percibía antes de leer sus páginas, por lo menos en mi caso personal.

2. Aproximación al concepto de género periodístico

Los géneros se presentan como modos de aproximación, configuración e interpretación de la realidad. La palabra género, del latín *genus, genēris*, es, según el Diccionario de la Real Academia Española, la “clase o tipo a que pertenecen personas o cosas”. Así que desde el primer momento se reconoce que la función de unos géneros no es otra que la de clasificar y organizar.

La distinción de unos géneros periodísticos se presenta como consecuencia de una herencia de otros anteriores: los géneros literarios. En la Grecia Antigua ya se codificaba la obra de los poetas según unos los géneros épico, lírico y dramático, apuntados por Aristóteles en su obra *La poética* por primera vez. Éstos fueron evolucionando y hoy podemos hablar, a grandes rasgos, de poesía, novela, teatro y ensayo: “diferentes formas de concebir la representación de la realidad concebidas a través de los textos” (Gobantes Bilbao, 2008:146).

Según Wellek y Warren, la teoría de los géneros literarios es un principio de orden: “no clasifica a la literatura y la historia por el tiempo o el lugar, sino por tipos de organización o estructura específicamente literarias” (Wellek y Warren, 1981: 272). Este mismo intento de clasificar y ordenar los modos de hacer periodísticos son los que llevan a la creación de géneros en el periodismo, que se van codificando conforme se exploran nuevas formas de explicar la realidad. Así lo explicaba el profesor Lorenzo Gomis en su *Teoría de los géneros periodísticos*:

Los géneros periodísticos se hacen necesarios cuando un mismo diario empieza a usar el lenguaje de maneras tan diversas como requiere la comunicación impersonal de una noticia que ha llegado por telégrafo, la crónica de una vida social a la que han asistido buena parte de los que van a leerla, el reportaje sangrante de un corresponsal que trata de acercar al lector una guerra lejana y el artículo que censura vivamente una decisión tomada por el poder en Washington. La pura clasificación no bastaba. Hacían falta los géneros periodísticos (Gomis, 2008: 107).

Hablar de unos géneros periodísticos pasa necesariamente por el reconocimiento de la existencia de un lenguaje periodístico específico, tal y como lo expresaba Martín Vivaldi: “Existe un “modo de hacer” periodístico, claramente diferenciable del modo propio del estilo literario puro, del didáctico, del filosófico, del científico y hasta del habla popular o coloquial”. (Martín Vivaldi, 1987: 23)

En el periodismo, la comunicación que establece el emisor se concibe para un conjunto muy amplio de receptores, un público masivo. Por eso el comunicador emplea un lenguaje especial para adaptarse al medio, según Casals Carro, la retórica periodística:

La retórica periodística es la suma de estilos que se producen al utilizar las operaciones del lenguaje según una intención comunicativa concreta: narrar los hechos, explicar los hechos desde un punto de vista contextual, y juzgarlos en cuanto a sus interacciones sociales. (Casals Carro, 2005: 377)

Dos factores rigen y delimitan el concepto de lenguaje periodístico: tiempo y espacio. “Toda comunicación periodística interpreta la realidad desde la propia selección de aquello que va a ser narrado” (Casals Carro, 2005: 460). Así, el periodismo sería el medio específico de comunicación e incluso expresión del pensamiento, por eso, “el periódico es un “generador” de técnicas y maneras características, generativas a su vez de ciertas técnicas y maneras lingüísticas y estilísticas” (Martín Vivaldi, 1987: 23).

Los géneros periodísticos ordenan la realidad seleccionada y permiten separar adecuadamente el relato de los hechos y asuntos de la opinión que ellos merecen [...]. Son modos de actuar con eficacia y ética profesional y son la base de todos los modelos del periodismo. (Casals Carro, 2005: 433)

Más que por sentar doctrina, la Teoría de los géneros “surgió por la observación de las posibilidades retóricas de las diferentes estructuras discursivas que el periodismo generaba” (Casals Carro, 2005: 429). Para Martínez Albertos, los géneros periodísticos son diferentes modalidades estilísticas de un lenguaje específico –el de la comunicación de masas–, con las que los profesionales adaptan los mensajes informativos de actualidad dependiendo de los objetivos que buscan (Martínez Albertos, 2004: 51). Por eso, según Martín Vivaldi:

Todo periodista debe poseer un sexto sentido expresivo que se traduce en el *sentido de la forma*. Lo que, en la práctica, significa poseer el don especial de dar a cada tema su forma específica: información escueta, gran reportaje, simple nota, crónica, suelto, comentario o artículo literario. (Martín Vivaldi, 1987: 38)

Sin embargo, estos géneros no se postulan como algo tipificado o categorizado de una manera tan fija como en el caso de las frutas y las verduras. El objetivo de los géneros es sentar unas bases, un principio a partir del cual elegir o crear textos, pero lo cierto es que cada periodista los adapta y modifica para crear su estilo personal. Así pues, los géneros se combinan y se entremezclan, creando textos híbridos que a veces ofrecen confusión, dado que “los géneros nos sirven para entendernos en las redacciones y para analizar los periódicos en las facultades; pero también resultan útiles para el lector” (Grijelmo, 2008: 28).

2.1. PROPUESTAS DE CLASIFICACIÓN DE LOS GÉNEROS

Las diferentes posibilidades de abordar un texto pueden analizarse y clasificarse desde muchas perspectivas. Además del propio contenido que encierran las palabras de cada creación periodística, hay diferentes maneras de señalar la naturaleza del texto por medio del lenguaje no verbal: la posición que tiene en la página, el uso de colores y tipografías variadas, el tamaño, etcétera.

En un primer análisis, existen dos grandes géneros periodísticos, que son los que nos ha dejado la tradición anglosajona: *story* y *comment*, relato y comentario. “Mediante el relato difunden un conocimiento aceptable de los acontecimientos de interés general para los individuos de una comunidad, y mediante el comentario orientan el juicio de esos ciudadanos acerca de la importancia que llevan consigo los citados acontecimientos” (Martínez Albertos, 2008: 60). Casals Carro también distingue estos dos tipos de reconstrucción de lo real (Casals Carro, 2005: 378):

- Narrativa periodística o el periodismo como narración, interpretación y creación del sentido de la realidad (noticias, reportajes y crónicas)
- Opinión periodística o el periodismo como literatura de ideas

La misma autora hace la siguiente distinción de los géneros, desarrollando su propuesta anterior (Casals Carro, 2005: 434):

FUNCIÓN	ESTILO	GÉNEROS PERIODÍSTICOS
Informar	Informativo	Noticia Breve Fotonoticia
Relatar: • Explicar • Mostrar	Interpretativo • Analítico • Sintético • Mostrativo	Crónica Reportaje Análisis Informe Perfil Entrevista Reseña
Opinar Persuadir Divulgar Disuadir	Editorializante Argumentativo Ensayístico Opinativo	Editorial Columna Tribuna Crítica Cartas al director
Entretener	Ameno Literario	Relatos de ficción Cómics Secciones de cotilleo Pasatiempos

Sin embargo, si desconsideramos los cómics, relatos de ficción y pasatiempos como géneros periodísticos, eliminamos la categoría completa correspondiente al entretenimiento. El periodismo busca informar; a veces, también lo hace entreteniendo, pero no es ese su único objetivo sino el de trasladar algo al lector.

El periodismo “genera mensajes seleccionados en el enorme caudal de información sobre la base de la actualidad y el concepto de interés. Estos mensajes tienen diferentes

modalidades que responden a tres actitudes psicológicas: relatar, explicar o juzgar los hechos de actualidad seleccionados” (Casals Carro, 2005: 192). Por eso, abordaremos la clasificación de los géneros literarios desde el punto de vista de esas actitudes psicológicas que se refieren a la posición que adopta el periodista respecto de la información, y a su mayor o menor interpretación de los hechos.

Lorenzo Gomis propone la siguiente clasificación de los géneros, siguiendo su teoría de que todo es interpretación (1991: 109):

1. Interpretación de los hechos o noticias. Compone el presente como un conjunto de hechos objetivos, y el género que le corresponde es la noticia.
2. Interpretación de situaciones. Presenta personajes, situaciones o lugares en un ámbito temático para comprender mejor la actualidad, que también se describe por sus hechos. Los géneros que engloba son el reportaje y la crónica.
3. Interpretación moral o comentario. Analiza y juzga hechos y situaciones para esclarecer si son convenientes o inconvenientes. Su género es el comentario en todas las variantes: editorial, artículos, columnas... todo el contenido de las páginas de opinión.

La propuesta de Álex Grijelmo (2008) es mucho más sencilla. Establece como criterio clasificador de los géneros el grado de subjetividad que se plasme en el texto; es decir, divide los textos según la mayor o menor presencia del periodista en ellos, dando lugar a tres géneros:

1. Información. Engloba a la noticia, la entrevista de declaraciones u objetiva y el reportaje informativo.
2. Interpretación más información. Se refiere a la crónica, la entrevista-perfil y el reportaje interpretativo, en los que el autor pone de su parte su personal visión de los hechos.
3. Opinión. El editorial, la crítica, el artículo y el ensayo son los géneros que admiten la presencia de juicios de valor.

Estos géneros periodísticos han sido clasificados en función del grado de interpretación que se refleja en los textos finales. Pero ¿qué es la interpretación?

2.2. EL CONCEPTO DE INTERPRETACIÓN

La palabra “interpretación” es una de esas que ya manejaban tanto los griegos (*meta-fraxtes*) como los romanos (*inter-pres*), pero en ambos casos remiten a un mismo

significado: “el que se coloca entre dos que hablan para hacer conocer a cada uno de ellos lo que el otro dice” (Díez-Picazo en Casals Carro, 2005: 225).

Hay muchas situaciones y profesiones en las que se precisa un intérprete: implícito en el nombre del profesional encontramos al intérprete de lengua de signos, pero también al traductor, o a los actores y músicos, que ejecutan obras artísticas. Así pues, podemos decir que el periodista también es un intérprete, ya que se ocupa de dar a conocer al público en general informaciones que ha obtenido por medio de otros.

En la función de interpretación de estos ejemplos que hemos expuesto, el autor lleva a cabo su propia obra. No se limita a repetir algo: lo recoge y le da un significado según su buen hacer artístico. Por su parte, el receptor también lleva a cabo su propia interpretación.

Por supuesto que los hechos no lo explican todo. Hay marcos teóricos, teorías críticas, estructuras de poder, aportes de la psicología, la sociología, la antropología, la lingüística, la economía política y el psicoanálisis que son útiles, necesarios, válidos para acercarse a la interpretación de los hechos. (Herrscher, 2009: 45)

La interpretación sería, desde este planteamiento, una atribución de significado a la realidad. En el caso de los periodistas, tendrían el papel de intermediarios sociales entre la realidad y el público. Se trataría de algo similar al caso artístico, pero desde el punto de vista del servicio público.

En el *Diccionario de información, comunicación y periodismo* de Martínez Sousa aparecen dos definiciones de “interpretar” (1992: 265):

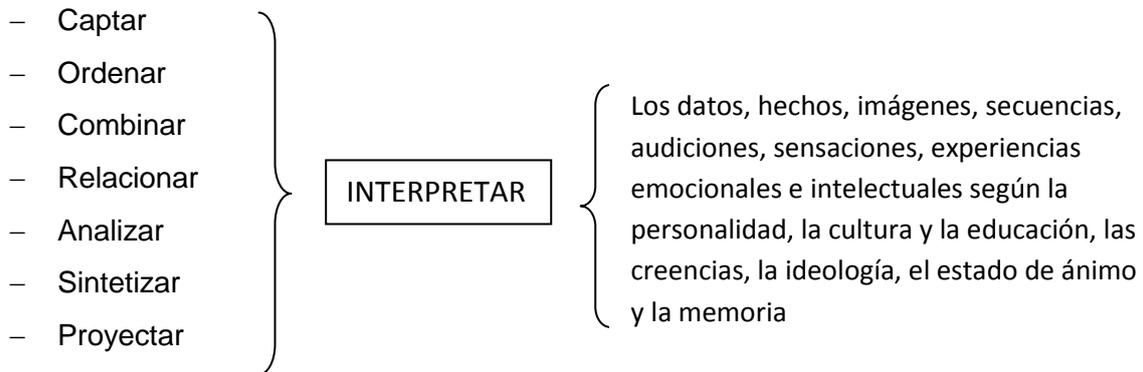
1. Explicar el sentido de algo, en especial de textos confusos o poco claros.
2. Atribuir una acción a un determinado fin o causa.

La necesidad del “interpretative reporting” surgió durante el tiempo de entreguerras. La primera guerra mundial cogió por sorpresa a los americanos, nadie les había anunciado que eso iba a pasar ni por qué, y echaron la culpa a los periódicos y agencias. Se habían limitado a transcribir hechos, pero eso no bastaba. Los lectores necesitaban conocer más profundamente las cosas para entenderlas y no se contentaron con enumeraciones de acciones.

En lo que se producía un amplio consenso era en que no bastaba la noticia pura y en que había que flanquearla de material complementario, datos sobre el trasfondo, artículos explicativos y, finalmente, comentarios. Había que llevar al lector al teatro de los hechos, presentarle al reportero que le iba a hacer vivir el drama a medida que se produjera. (Gomis, 1991: 110)

Según Casals Carro, interpretar los mensajes y comunicarlos son dos realidades interdependientes, condicionadas por muchos factores. Pero resume las operaciones

intelectuales que se producen en el proceso de interpretación de la realidad del siguiente modo (Casals Carro, 2005: 348):



El concepto de interpretación, como vemos, no es fácil de entender. Pero no debemos caer en la tentación de asociarla a la opinión, porque no es lo mismo. De esta distinción entre opinar e interpretar surgen los géneros periodísticos.

“Comment is free, but facts are sacred”, escribió Scott Charles Prestwich en el artículo “A Hundread Years” que apareció en el diario The Manchester Guardian en 1921. Como ya hemos explicado en la clasificación de los géneros informativos, la subjetividad del autor genera un tipo de texto u otro. En todos ellos se interpreta, porque tanto en la noticia se seleccionan unos hechos, como en la opinión se está dando la visión de uno mismo hasta el extremo. Pero en medio se halla la justa medida de la interpretación: la que respeta los hechos y no opina, pero deja claro que hay alguien encargado de explicar las cosas detrás de lo que se lee.

La explicación es la base de la interpretación. Para explicar algo, el narrador debe comprender los aspectos fundamentales de aquello que va a narrar y darle un orden lógico, con significado. Para ello recurre a los juicios de interpretación, que son resultado de unas operaciones previas (Casals Carro, 2005: 352-353):

- Captar: juicio analítico
- Ordenar: juicio sintético
- Combinar: juicio hipotético
- Relacionar: juicio disyuntivo

En cambio, en la opinión hay juicios categóricos, cerrados y explícitos, que juzgan hechos, asuntos, fenómenos, personas o situaciones. Pueden ser de realidad, sobre hechos y acontecimientos; de intenciones, que juzga las intenciones de alguien; y de valor, adjetivos contundentes de acciones y personas, en base a valores (Casals Carro, 2005: 354-356).

Así pues, podemos deducir que existen dos tipos de juicios:

- A. Interpretativos: necesarios para la explicación, y por tanto, que sirven de base a la argumentación
- B. De opinión: inferencias de hechos provenientes de verdades, juicios y prejuicios, ideología, emociones...

En conclusión, la ausencia de juicios se refleja en la noticia o mera información, en la que apenas se conoce al autor porque poco importa: solo tienen interés los hechos. En el extremo contrario se posicionan los textos que incorporan todo tipo de juicios: el artículo, la tribuna o el editorial implican la presencia de quien escribe, que muestra sus opiniones sin remilgo, de una manera muy subjetiva.

Pero entre la noticia escueta y el artículo editorial median muchos otros géneros, todos ellos con distinto grado de implicación personal del autor. Por ejemplo, la crónica, que admite los juicios interpretativos porque reconoce que hay una persona encargada de presenciar los hechos, seleccionarlos, recabar información sobre ellos y de contar, explicar e interpretar por escrito cómo ha vivido esos hechos que ha tenido tan cerca.

La crónica es el periodismo que sí dice yo. Que dice existo, estoy, yo no te engaño. El lenguaje periodístico habitual está anclado en la simulación de esa famosa «objetividad» que algunos, ahora, para ser menos bruscos, empiezan a llamar neutralidad. La prosa informativa (despojada, distante, impersonal) es un intento de eliminar cualquier presencia de la prosa, de crear la ilusión de una mirada sin intermediación: una forma de simular que aquí no hay nadie que te cuente, que «esta es la realidad». [...] Es casi obvio: todo texto (aunque no lo muestre) está en primera persona. Todo texto, digo, está escrito por alguien [...], es imposible que un sujeto dé cuenta de una situación sin que su objetividad juegue en ese relato, sin que elija qué importa o no contar, sin que decida con qué medios contarlos. (Caparrós, en Jaramillo, 2012: 610)

Martínez Albertos expone los cuatro elementos que componen la teoría del relato interpretativo. Esta es una idea que ya formuló Van Dijk (1905: 69) de similar modo, y que recupera José Sanmartí (en Cantavella y Serrano, 2004: 349-351). Se trata de los pasos que se deben seguir antes de emitir un juicio interpretativo (Martínez Albertos, 1989: 24):

- a) Acontecimiento principal. Son los elementos noticiosos que dan origen al texto periodístico interpretativo, que normalmente ya han aparecido antes a través de los géneros informativos.
- b) Antecedentes y contexto. Los hechos anteriores y los hechos actuales que están relacionados con el hecho lo justifican o lo explican y deben ser tenidos en cuenta en la interpretación. Un buen análisis no se puede efectuar si no hay una buena documentación.

- c) Reacciones e interpretaciones. Los protagonistas, afectados y experto reaccionan ante las noticias, y el periodista maneja este tipo de datos para profundizar más.
- d) Análisis valorativo. Es la parte que agrupa las consecuencias previsibles de la noticia, así como una visión de conjunto y los juicios de hecho del autor.

Además, Martínez Albertos delimita el derecho a interpretar propio de los profesionales de la información con dos condiciones básicas: que se realice de forma clara y distinta para el receptor, sin invadir el terreno de los hechos comprobables; y que se lleve a cabo a partir de una suficiencia de datos expuestos con honestidad y ánimo objetivo (Martínez Albertos, 1983: 284).

La línea entre la interpretación y el juicio de valor es muy fina. Por eso, la mejor opción para que el periodista no “se pase de la raya” es que emplee los hechos para interpretar, en menor medida que las valoraciones.

Esta limitación de la opinión no tiene por qué recortar la libertad expresiva del cronista ni hacer menos importante la crónica. La genialidad de la crónica no está en los juicios de valor, sino en la capacidad de repintar una imagen a partir del color de las palabras del escritor.

2.3. LOS GÉNEROS INTERPRETATIVOS

Los géneros interpretativos son aquellos que combinan la información con la interpretación, es decir, que permiten al autor presentar su personal visión de los hechos. Cada género aporta diferentes niveles de interpretación, y su elección no solo estará condicionada a este aspecto sino también al tipo de información que se quiere contar, y a la actualidad de la misma.

Siguiendo la propuesta de Álex Grijelmo (2008: 89), los géneros interpretativos son tres: el reportaje, la entrevista-perfil y la crónica, que es la que nos ocupa en este trabajo. Sobre ella hablaremos con detalle en el próximo capítulo, pero antes de ello, conozcamos las otras dos posibilidades existentes para informar por medio de la interpretación.

El reportaje es el siguiente paso de la noticia. Incorpora todas sus características: entrevista a las fuentes, contrasta la veracidad de los hechos, y compone un relato informativo en el que se explica lo importante; pero además –y aquí está la diferencia– contextualiza los hechos y analiza sus causas y consecuencias con el objetivo de que el lector pueda comprenderlos completamente.

Lo que otorga al reportaje el título de género interpretativo es precisamente la libertad del reportero de incluir interpretaciones junto a la información, y de darle la forma estética que considere oportuna. Además, otra de las principales características del reportaje es su completa libertad en la elección del tema: puede guardar relación con la actualidad, o puede hablar sobre cualquier otro asunto que el reportero considere de interés general.

La palabra “reportaje” empezó a utilizarse en relación con el *report* anglosajón, un informe judicial que relataba cuidadosamente los hechos con declaraciones de los testigos; pero etimológicamente procede del latín *reportare* (traer o llevar una noticia).

Martín Vivaldi lo define como:

Relato periodístico esencialmente informativo, libre en cuanto al tema, objetivo en cuanto al modo y redactado preferentemente en estilo directo, en el que se da cuenta de un hecho o suceso de interés actual o humano; o también: una narración informativa, de vuelo más o menos literario, concebida y realizada según la personalidad del escritor-periodista. (Martín Vivaldi, 1987: 65)

Hay autores, como Álex Grijelmo, que distinguen entre un tipo de reportaje informativo y otro interpretativo. Su definición para ambos es la misma: “texto informativo que incluye elementos noticiosos, declaraciones de diversos personajes, ambiente, color, y que fundamentalmente, tiene carácter descriptivo” (Grijelmo, 2008: 66). Sin embargo, para él la diferencia está en que “el reportaje interpretativo encuentra su mayor acomodo en las publicaciones semanales, quincenales o mensuales [...]. En ellas parece más lógico que el reportero afronte su trabajo teniendo en cuenta un mayor periodo de tiempo” (Grijelmo, 2008: 117), ya que puede estudiar las consecuencias que la noticia ha tenido varios días después, e incluirlo todo en el mismo trabajo.

La semblanza o perfil es un género interpretativo que se encuentra a medio camino entre el reportaje y la entrevista de personalidad, porque investiga en profundidad la vida de una persona por medio de encuentros con el protagonista y la gente que le rodea.

La diferencia entre el perfil y la entrevista está en que el primero cuenta una historia, “lo que los estadounidenses llaman *life narrative*, la narración de una vida. Una vida de la que saquemos alguna conclusión, enseñanza o provecho” (Herrscher, 2009:182).

El perfil, según dice Grijelmo (2008: 114), es la manera de escribir entrevistas en las que quepan la interpretación y la descripción, que normalmente no pueden incluirse en las entrevistas.

La entrevista-perfil consiste en una información-interpretación en la que trasladamos las ideas de un personaje informativo tamizadas por la propia visión del periodista. En este caso no se emplea ya el esquema pregunta-respuesta, sino que las declaraciones del entrevistado se producen entre comillas y se alternan con descripciones sobre el personaje. (Grijelmo, 2008: 114)

El personaje del cual se hace el perfil deberá estar relacionado con la actualidad o suscitar interés (hay quienes siempre están de moda). El objetivo es que tanto a través de las palabras del periodista, como de lo que dicen y hacen los entrevistados, el lector conozca mejor al personaje en cuestión.

Para ello, lo primero es investigar sobre el personaje, especialmente de cara a realizar las entrevistas. Una vez obtenida toda esa información, llegará el momento de escribir, y es en ese momento, cuando el periodista elige qué quiere contar o cuál es la clave del personaje, cuando entra en juego la interpretación. Después de todo, el perfil resultante contará lo que su escritor ha querido reflejar de la persona, y esa decisión parte de la subjetividad del periodista.

3. Fundamentos y definición de la crónica

Según la Teoría de los géneros, la crónica tiene unos rasgos particulares que la diferencian claramente de los demás géneros, pero la realidad es algo mutable y las características de este modo de hacer periodístico están en continua evolución. La crónica tiene una gran versatilidad –que es lo que le ha permitido adaptarse a diferentes formas de contar un hecho, bien sea histórico, literario o periodístico–, pero tampoco es crónica todo lo que se escribe bajo ese nombre. Si no, la crónica podría ser muchas cosas. Partiendo de esta reflexión acerca de las tipologías que componen el periodismo, podremos continuar con una descripción de crónica.

“Crónica” es una palabra cuya etimología nos remite a la voz griega *cronos*, que significa “tiempo”. Del latín *chronica*, y anteriormente del griego *χρονικά*, el vocablo nombra los libros en que se refieren los sucesos por orden del tiempo. Como vemos, la relación de la crónica con el tiempo es de nacimiento, y es que ya existía en la Antigüedad con la misma intención de explicar lo que sucedía. Esto nos da una idea de la importancia de estos textos, que ya existían incluso antes que el propio periodismo, y que fue uno de los primeros géneros del mismo.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, la palabra “crónica” significa:

1. f. Historia en que se observa el orden de los tiempos.
2. f. Artículo periodístico o información radiofónica o televisiva sobre temas de actualidad.

Estas definiciones, junto a las ofrecidas por la Gran Enciclopedia Larousse se prestan a cierta confusión:

1. Un artículo periodístico en el que se comenta algún tema de actualidad.
2. Sección de un periódico en la que se trata una determinada clase de noticias.

Sin embargo, tras leer estas vagas descripciones podríamos confundir perfectamente la crónica con el artículo periodístico, la noticia o el reportaje, y con todos ellos hay diferencias. El propio Gabriel García Márquez cree que las fronteras de la crónica no están bien definidas, y estima que nunca se aprenderá a distinguir a primera vista entre géneros tan diferentes como el reportaje y la crónica (García Márquez, 2001: web).

Sin embargo, se pueden establecer las principales diferencias con los demás géneros, a grandes rasgos. En el caso del reportaje, este no debe contener comentarios sobre los hechos, pero la crónica sí; el reportero tiene un papel totalmente externo, interpreta en una medida muy pequeña y no es tan personalizado como la crónica. Mientras una crónica la

realiza un periodista desde el lugar de los hechos, el reportaje puede hacerse a posteriori; incluso puede pasar que el reportero no haya estado en ese lugar de los hechos, como sucede, por ejemplo, con los reportajes sobre efemérides históricas.

En el caso del artículo, la diferencia principal está en que la noticia no forma parte del texto y solo es su pretexto, mientras que la crónica tiene una función eminentemente informativa sobre un hecho que es interpretado por su autor.

La crónica toma elementos de la noticia, del reportaje y del análisis. Se distingue de los dos últimos en que prima el elemento noticioso [...]. Y se distingue de la noticia porque incluye una visión personal del autor (Grijelmo, 2008: 89)

Si nos aproximamos a la definición de Martínez de Sousa en su *Diccionario de información, comunicación y periodismo*, el galimatías se acrecienta. Propone:

Artículo narrativo, valorativo, interpretativo e informativo, de extensión variable y sobre temas de actualidad, generalmente narrado según un orden cronológico de los acontecimientos, que aparecen regularmente bajo un mismo titular o viñeta, normalmente escrito por el mismo periodista. (Martínez de Sousa, 1992: 135).

Y aunque todas estas definiciones no son más que una base a partir de la cual podemos comenzar a trabajar el significado de la crónica, se observa que, por lo general, el término queda confuso y a veces incompleto. La crónica entraña una complejidad mayor que otros géneros periodísticos porque está compuesta por varias formas o modos de hacer a un mismo tiempo y porque tiene una trayectoria mucho más extensa que cualquiera de los demás. Por eso, para comprenderla efectivamente, debemos avanzar en la investigación teórica.

La crónica ha recibido muchas herencias, tanto históricas como literarias. Todas esas partículas han dado lugar a la creación de un género periodístico propio, autónomo y genuinamente latino, ya que según afirman muchos autores, no tendría correspondencia con ningún género del periodismo anglosajón –el cual solo distingue entre *story* y *comments*.

En el artículo “A la búlgara”, de El País del 2 de noviembre de 2001, Camilo Valdecantos daba una descripción de la crónica como un género que engloba muchas características diferentes:

La crónica –el género más abundante que el lector encuentra en el periódico– es un híbrido donde caben casi todas las formas de expresión periodística. Tiene un contenido especialmente informativo, pero el periodista subraya, acentúa, describe, valora, incorpora datos de su acervo cultural para componer un cuadro que al lector le resulte más atractivo y para intentar que la información sea más completa e inteligible. Con esos mimbres, el cesto de la crónica ofrece serios peligros. ¿Dónde están los límites de un continente que acoge casi todo? No hay manual que resuelva la pregunta y, como casi siempre, hay que recurrir al caso concreto y analizarlo.

Hasta aquí nos encontramos con un tipo de texto en el que es fundamental la habilidad del cronista, que ha de ser conocedor del ámbito en el que se mueve: política, deportes, cultura... Las crónicas no tienen ningún sentido si quien las escribe duda o se inventa los “modos de funcionar” del tema que se aborda. A esto alude Casals Carro, y añade otro de los aspectos fundamentales de este género periodístico: la personalización.

Las crónicas tienen un estilo impresionista en comparación con una cierta impersonalización de las noticias y de algunos reportajes porque interpretan la realidad desde un punto de vista particular, y con escasa perspectiva temporal cuando se refieren a hechos inmediatos, aunque con el aporte del propio *background* que posee el periodista. (Casals Carro, 2005: 456)

También a esta personalización alude Manuel Graña González:

Lo que distingue a la verdadera crónica es precisamente el elemento personal que se advierte, ya porque el escritor comenta, amplía y ordena los hechos a su manera; ya porque, aunque la crónica sea informativa, suele poner en ella un lirismo sutil, una dialéctica y un tono característico que viene a ser el estilo de su esencia misma. (Graña, 1930: 203)

Gonzalo Martín Vivaldi realiza su aportación a la definición de la crónica –desde su punto de vista, un “relato enjuiciado de los hechos que se narran” (Martín Vivaldi, 1987: 123)– con un fuerte arraigo temporal: “periodísticamente, la crónica conserva el entronque típico con lo temporal, con lo cronológico” (Martín Vivaldi, 1987: 126). Pero el mismo autor advierte que no es lo mismo crónica que información pura:

Es algo más que pura y simple información, algo más que un reportaje. ¿En dónde está ese *más* que distingue a la crónica del reportaje? Sencillamente, en la interpretación o valoración de los hechos que en ella se narran. No se trata de la exposición de un hecho y de su inmediato comentario. Se trata de narrar los hechos a través de una subjetividad; de colorearlos con nuestra propia apreciación al tiempo que se van narrando, de fundir relato y comentario en la misma frase. (Martín Vivaldi, 1987: 126-127).

De nuevo aparece el término “interpretación”. Lo que hace crónica a la crónica es la valoración del hecho mientras se relata. El cronista, al relatar algo, nos da su visión del suceso; pone en su narración un tinte personal. Podemos asociarlo a la actividad artística: la crónica no es la cámara fotográfica que reproduce un paisaje, es el pincel del pintor que lo interpreta, dándole su matiz subjetivo.

Según Casals Carro, además, la crónica –como el reportaje– se puede explicar desde dos puntos de vista: la explicación y la visibilidad. El primer concepto respondería solamente al interés intrínseco de los datos que se ofrece en el texto periodístico: la explicación de una información, de unos hechos que son irrefutables. Pero además, y este es un análisis novedoso –o al menos no comentado por otros autores–, se refiere a la narración basada en la visibilidad, por la libertad que este género plantea a la hora de elegir temas. La crónica tiene que estar ligada a la actualidad, pero esta no se compone solo de las noticias que aparecen en los periódicos. Y como crónicas hay de muchos tipos y las hay menos urgentes

que las noticias o los artículos, pueden abordar cuestiones de interés humano, que son las que influyen en la visibilidad de determinados temas. (Casals Carro, 2005).

El periodista argentino Martín Caparrós también aborda este sentido de la crónica:

El periodismo de actualidad mira al poder. El que no es rico o famoso, o tona, o futbolista, tiene, para salir en los papeles, la única opción de la catástrofe. Sin desastre, la mayoría de la población no puede, no debe ser noticia. La información tal como existe consiste en decirle a muchísima gente qué le pasa a muy poca, la que tiene poder. Decirle entonces a muchísima gente que lo que debe importante es lo que les pasa a ellos. La información postula, impone una idea del mundo; un modelo del mundo en el que importan esos pocos. La crónica se rebela contra eso, cuando intenta mostrar en sus historias las vidas de todos, de cualquiera, lo que les pasa a los que también podrían ser sus lectores. (Caparrós, en Jaramillo, 2012: 609)

A partir de estas pinceladas básicas aportadas por diferentes autores, podemos llegar a algunas conclusiones.

La crónica es un texto periodístico enmarcado en los géneros interpretativos, procedente de la historia y la literatura. Aunque es un género que tiene una faceta informativa muy importante, tiene algo *más*: la interpretación de lo acontecido en la narración, un esfuerzo que aumenta su valor y compromiso con los lectores. Además del relato de los hechos, se ofrece la impresión del cronista que, como participante y testigo de la noticia, puede acercar al lector cada detalle de lo que ha presenciado.

Una de las definiciones que más se acercan a lo que la crónica es en realidad la ofrece Martín Vivaldi: "La crónica periodística es, en esencia, una información interpretativa y valorativa de hechos noticiosos, actuales o actualizados, donde se narra algo al propio tiempo que se juzga lo narrado" (Martín Vivaldi, 1987: 128).

Aunque todavía no se alude a ese carácter de ambientación, de situación en el lugar de los hechos que tiene la crónica, Martín Vivaldi se acerca bastante a la importancia de interpretar al mismo tiempo que se narra, y explica que estas acciones siempre deben hacerse en torno a hechos de actualidad. Y la necesidad de la existencia de este tipo de textos aparece justificada en reflexiones como la siguiente:

Es precisamente esa capacidad de no limitarse a relatar de forma escueta y distante los sucesos del presente, lo que le otorga una solidez y un empuje que la hace imprescindible. Nunca como ahora se ha sentido el individuo abrumado por tantas noticias, pero al mismo tiempo nunca hemos necesitado más que tales hechos nos fueran engarzados en un conjunto coherente para encontrarles auténtico valor. (Cantavella, 2004: 396)

3.2. CARACTERIZACIÓN: UN DECÁLOGO

1) Actualidad. La crónica no puede elegir temas con absoluta libertad, como es el caso de algunos reportajes; la crónica debe estar ligada a una cuestión concreta que está pasando.

Intenta situar los hechos en un contexto para encontrarles sentido y significado. Trata los temas más diversos, desde política hasta toros, pero el punto de unión que identifica a todos esos temas es el hecho noticioso.

El valor temporal en el ámbito periodístico es de vital importancia puesto que los medios suelen informar de los acontecimientos del presente más inmediato. La crónica periodística es el relato de un acontecimiento pasado pero que se toma como presente informativo debido al reducido lapso de tiempo que media entre lo ocurrido y lo publicado. (Gil González, 2004: 5)

Como vemos, el tiempo es fundamental: desde siempre, la crónica ha sido el relato de la secuencia de algo ocurrido en un intervalo de tiempo concreto. “Intenta reflejar lo acaecido entre dos fechas: de ahí le viene su origen etimológico en la Historia de la literatura” (Martínez Albertos, 2004: 65).

2) Interpretación. El cronista interpreta desde que selecciona los hechos, piensa en cómo ordenarlos y se pone a escribirlos. El resultado final es interpretativo por lo que se refleja en el texto, pero también lo es el proceso anterior.

Muchos autores dicen que el enjuiciamiento está justificado por el buen nombre del cronista, pero para Álex Grijelmo, “la interpretación debe formar parte de la frase informativa, y no constituir una frase aparte” (Grijelmo, 2008: 92).

El cronista ha de situarse en un plano de igualdad respecto a lo que ocurre, para procurar explicarlo, y no en un plano superior que le permite juzgar. Por tanto, tenderá a narrar la situación de modo que el lector conforme su propio juicio, y no debe transmitir el juicio mascado y sin otra opción. (Grijelmo, 2008: 96)

El cronista debe presentar los hechos con humildad, no como el ente omnisciente, sino como un participante más, para que el lector tenga la oportunidad de elogiar o censurar esos hechos por sí mismo.

¿Dónde reside la interpretación? Puede estar en todos los elementos sintácticos o morfológicos, pero según Grijelmo, normalmente se localiza en los verbos, adjetivos y adverbios (Grijelmo, 2008).

- La interpretación en el verbo es aconsejable en las noticias de declaraciones. No es lo mismo “comentar” que “explicar” o “asegurar”. Hay un sinfín de sinónimos del verbo “decir” que dan una mayor riqueza a lo que se cuenta.
- “Los adverbios son los adjetivos de los verbos”, (Grijelmo, 2008: 89). Por eso son otro elemento con el que se debe tener cuidado a la hora de escribir crónicas, pues muchos adverbios implican juicios de valor.
- La crónica implica descripción y por eso es imprescindible la presencia de adjetivos. Los adjetivos dan riqueza y matizan los hechos, pero también son un elemento

peligroso al introducirlos en una crónica. Esta no es razón para desecharlos desde el principio, pero sí para poner un foco de atención sobre ellos y evitar que revelen afirmaciones excesivas.

Para rebajar el grado de opinión que aparece en una crónica, según Grijelmo, hay dos opciones. La primera consiste en atribuir a otros lo que el escritor había dicho por su propia boca; “según los asistentes”, “según algunas fuentes”, “se considera” o “que pasa por ser” pueden ser algunas opciones. El segundo truco “se basa en expresar las opiniones bajo el tamiz de la duda. [...] Esta fórmula rebaja la contundencia de la opinión y pone en duda lo que uno mismo dice” (Grijelmo, 2008: 103). A estos efectos servirían expresiones como “quizás”, “tal vez” o “probablemente”.

3) Personalidad del autor. “Hechos y autor conviven en la crónica en indisoluble simbiosis” (Martín Vivaldi, 1987: 136). La crónica es la narración de un periodista que ha sido testigo de un suceso y lo cuenta desde su visión personal, según su sensibilidad y formación. Quien escribe una crónica sabe de lo que habla: lo ha visto, lo ha oído y además, tiene la base cultural necesaria; porque de modo contrario, el texto sería una invención; o peor aún, una serie de juicios injustificados, poco asentados sobre unos conocimientos previos y por lo tanto, no válidos.

Se personaliza el texto porque el autor, al haber estado presente entre los testigos de los hechos, se convierte en sujeto-protagonista. “El resultado es una narración cuyo valor reside en la mirada del narrador, la personal visión del autor que enriquece el relato de los hechos” (Gobantes Bilbao, 2013: 7). Y como los lectores se fían del buen criterio del periodista, no solo permiten sino que esperan que “se moje”, que dé su particular visión orientadora de la opinión pública.

La particularidad de la información que ofrece la crónica está en su carácter personal. Se trata de narrar los hechos a través de una subjetividad, es decir, el cronista es el encargado de conectar a sus lectores con los hechos. El cronista ve, oye, fragmenta, toma contacto con los hechos, los mezcla con su sapiencia y experiencia, a veces participa en ellos, otras se mantiene en la orilla, se acerca a las fuentes, las interroga, armoniza los datos y cuando ha reunido todo ese material informativo, interpreta, escribe y publica. (Gil González, 2004: 9)

La firma es un dato importante para el lector por su triple función noticiosa, informativa y valorativa: la crónica se distingue por el sello de su autor. “El hecho de firmar la crónica otorga a su autor toda la libertad expresiva en su estilo personal, pero este principio siempre debe contemplar las limitaciones deontológicas de la veracidad de los hechos narrados” (Yanes Mesa, 2006: web). Pero también se trata de una cuestión de responsabilidad: el cronista es uno de los periodistas que trabaja más independientemente y esa libertad también supone un compromiso con el lector, que se refleja en esa firma que se hace cargo.

Grijelmo, por su parte, habla de la crónica como un género especialmente difícil porque incluye elementos noticiosos pero también de análisis, y al periodista se le puede “ir la mano”: en la crónica hay que interpretar con fundamento, sin juicios y relacionando esa interpretación con la información. Si se quiere opinar, hay que hacerlo convirtiendo esa opinión en información. No es lo mismo decir: “el concierto aburría a los asistentes”, que “los asistentes al concierto bostezaban y se removían en la silla”.

Probablemente se trata del género más difícil de dominar. De hecho, en un periódico de prestigio una crónica no la hace cualquiera. Suelen estar reservadas a especialistas en la materia que se aborda, a corresponsales en el extranjero, a los enviados especiales o a comentaristas taurinos, deportivos, sociales o artísticos. (Grijelmo, 2008: 90)

4) Fuentes. Queda permitida la interpretación del cronista, pero al mismo tiempo se espera que se justifique que no se trata de una invención, por lo que es necesaria la presencia de fuentes que confirmen la versión ofrecida. Las fuentes directas dan validez a la interpretación: los hechos se cuentan a través de los personajes protagonistas; claro que el periodista también ha sido uno de ellos.

Como las crónicas pretenden dar visibilidad a la dimensión humana de las noticias, su credibilidad a través de las fuentes dependerá de que los relatos narrativos “contemplan las reglas de oro de una crónica: mostrar a las personas haciendo cosas, dejar que las personas hablen a través de citas pertinentes y atractivas, escribir económicamente, de forma que la acción y el diálogo lleven adelante el texto y mantener el ritmo” (Rodríguez Wangüemert, 2005: 12).

5) Información. No se debe perder la dimensión periodística de la crónica. Por mucha originalidad que aparezca en el resultado, lo que se cuenta tiene que estar ligado a la actualidad sin perder el referente de la información, que no deja de ser la finalidad única del periodismo: “la libertad estilística del cronista tiene un límite, el hecho noticioso en torno al cual se escribe” (Martín Vivaldi, 1987: 132)

Para ello, se ofrecerán datos durante toda la crónica, de modo que se ofrezca respuesta a las cinco uves dobles (*what, who, where, when, why*), junto a toda la contextualización necesaria para entenderlas.

En la crónica no se debe adoptar el modelo de la pirámide invertida, que supone contar la información más relevante en los primeros párrafos, sino que se apuesta por una estructura en diábolo que vaya destapando la información a lo largo de todo el texto para que no se pierda el interés o los lectores pasen de página al leer la primera parte de la crónica. Asimismo, contar los hechos en orden cronológico es la posibilidad más sencilla y lógica

pero también puede aburrir al lector, y existen alternativas mucho más creativas que permiten diferenciar los textos.

6) Narración libre. La narración funciona como la modalidad expresiva más eficaz porque pretende contar, explicar y valorar los hechos. A partir de aquí, no hay normas prefijadas. De hecho, es el género que más libertad brinda al periodista.

Como en los demás géneros, desde el punto de vista formal, el estilo de la crónica periodística deberá ser claro, sencillo y conciso. Aunque cierto es que en este caso se permiten ciertas licencias: “Aquí valen todos los recursos estilísticos: la comparación, la metáfora, la ironía, la paradoja incluso, la hipérbole mesurada; pero dentro siempre de una norma fundamental de claridad comunicativa” (Martín Vivaldi, 1987: 133). Esta libertad también se ve reflejada en la forma del texto, que da lugar a un estilo propio del periodista que escribe. Martín Vivaldi matiza: “La única forma recomendable es la informativo-narrativa. El cronista no tendrá que someterse a la preocupación formal de la pirámide invertida, ni es para él indispensable seguir el orden descendente, características definitorias de la estructura formal de la noticia” (Martín Vivaldi, 1987: 134).

Que el autor pueda desarrollar un estilo propio en sus crónicas propicia que sea el género periodístico más creativo. El carácter de escritor apasionado por el tema del que habla el cronista suele ofrecer como resultado textos originales. Sobre este arte habla el periodista Martín Caparrós:

La crónica es el género de no ficción donde la escritura pesa más. La crónica aprovecha la potencia del texto, la capacidad de hacer aquello que ninguna infografía, ningún cable podrían: armar un clima, crear un personaje, pensar una cuestión. (Caparrós, en Silva y Molano, 2006: 8)

7) Tema. El “tema de la crónica es la noticia exprimida, quintaesenciada, radiografiada, procurando desentrañar lo que, oculto a veces en la entraña de los hechos, no suele ver el reportero” (Martín Vivaldi, 1987: 136). A partir de aquí, cualquier tema de actualidad puede ser el centro de una crónica. De ahí que su amplitud y versatilidad sea tan grande: puede aparecer en cualquier sección.

Estos temas se seleccionan desde el punto de vista del interés humano: la intención primordial es poner nombre y rostros a los fríos datos de las noticias. Se trata de los acontecimientos vistos a pie de calle, a la altura de la mirada humana.

8) Destino. La variedad de temas de la que hablamos hace que en ocasiones, la crónica pueda quedar dirigida a un tipo de lector en concreto, segmentando las posibilidades de recepción. Por ejemplo, una crónica especializada sobre un concierto de rock solo será leída por los seguidores del rock, o incluso solamente por los seguidores del grupo en concreto.

Tal circunstancia limita mucho el público objetivo para el que se escribe, pero al mismo tiempo, el periodista procura que esa especialización no se cierre al argot del ámbito en cuestión, sino que cualquier persona pueda entender lo que ha escrito. Del mismo modo, existen crónicas sobre temas de inmediata actualidad que interesan a la mayoría del público por su carácter general.

Por otro lado, el cronista habitual establece un vínculo especial con los lectores, que buscan una firma concreta cuando confían en una forma de ver, contar y valorar la realidad.

9) Ambiente. La crónica se escribe desde el escenario de los hechos y por eso aporta el valor de la cercanía con la que el periodista presencia y narra los hechos. Como el objetivo de la crónica es situar al lector en el mismo punto en el que sucedieron los hechos y permitir que se pueda imaginar todo a través de los detalles que ofrece el narrador, la descripción del ambiente es fundamental.

Hay otra diferencia fuerte entre la prosa informativa y la prosa crónica: una, sintetiza lo que, se supone, sucedió. La otra, lo pone en escena: lo sitúa, lo ambienta, lo piensa, lo narra con detalles. No decirle al lector “esto es así”, mostrárselo; permitirle al lector que reaccione, no explicarle cómo debería reaccionar. El informador puede decir “la escena era conmovedora”, el cronista trata de construir esa escena y conmover. (Caparrós, en Jaramillo, 2012: 611)

10) Finalidad. Toda crónica se escribe de algo y por algo o para algo. Se narra un suceso y se procura descubrir su valor. El objetivo es informar y orientar: un reportaje se lee por curiosidad sobre un tema, un artículo se lee porque interesa la opinión del que escribe, pero las crónicas se leen también buscando aprender algo. Tiene, en parte, una finalidad didáctica.

3.3. MODO DE HACER

Antes de escribir una crónica, el periodista habrá pasado, necesariamente, por todo un proceso de observación, selección y recogida de información. En el momento en que se llega al lugar de los hechos, el cronista debe extremar la atención a cada mínimo detalle informativo. Que perciba esos detalles o no es lo que marcará la diferencia en la crónica. Cuando tenga formada una composición total sobre lo sucedido, podrá elegir qué aspectos de la información pretende explotar y, con esa base, proceder a investigar o entrevistar a las fuentes que justifiquen su selección.

El cronista ve, oye, fragmenta, toma contacto con los hechos, los mezcla con su sapiencia y experiencia, a veces participa en ellos, otras se mantiene en la orilla, se acerca a las fuentes, las interroga, armoniza los datos y cuando ha reunido todo ese material informativo, interpreta, escribe y publica. (Gil González, 2004: 11)

La crónica hay que escribirla en caliente. A los periodistas les emocionan las historias, se hacen parte de ellas y se involucran para entenderlas desde el principio hasta el final. A veces se obsesionan. Y es en este punto exacto en el que hay que escribir la crónica, cuando obsesiona.

De hecho esa capacidad que tienen las buenas historias que no permiten pensar en otra cosa es uno de los mejores regalos que da la profesión periodística. Cuando no puedes quitarte de la cabeza algo sobre lo que tienes que escribir, la mejor manera de canalizarlo es hacerlo. Después es tarde: se recordarán con menos exactitud los hechos, dará pereza, se adornarán las imágenes para que parezcan más interesantes... Un buen truco es escribir esas palabras sueltas de las sensaciones que se captan, simplemente para que no se olviden, pues marcarán la diferencia.

Los detalles reveladores son a veces pequeñas escenas, frases, imágenes, cosas que escuchamos o vemos, olemos o tocamos y que quedan en nuestra memoria. [...] Como periodistas, cuando encontramos una escena así y la podemos transmitir para que el lector sienta que la ve con sus propios ojos, estamos entrando en una dimensión a la que muchas veces solo accede la ficción, la poesía, la música o el cine. Pero estamos llegando ahí para contar la realidad, permitirle al lector conocer algo de lo que pasa en el mundo, en el país o en la ciudad. (Herrscher, 2009: 41)

Las sensaciones que se deben plasmar en la crónica solo se experimentan en el lugar y el momento de los hechos. Si no se está allí, no vale, será una simple noticia. Para que se convierta en crónica hay que sentir lo que sucede, abrir los sentidos y estar dispuesto a percibir cada mínimo detalle que después, en realidad, no era tan pequeño. El niño que reía, el anciano que aplaudía, el peinado del cantante, las gafas de la actriz... todo, porque esos pequeños detalles son los que después conseguirán situar al lector en el momento preciso. La crónica, como dice Martín Caparrós, es un intento frustrado de capturar un instante: "la crónica, muy en particular, es un intento siempre fracasado de atrapar el tiempo en que uno vive. Su fracaso es una garantía" (Caparrós, en Silva y Molano, 2006: 7).

La valía del periodista como escritor y como especialista en la materia tiene que ser completada con la presencia *in situ* en los hechos como testigo privilegiado. Podrá manejar las fuentes que estime oportunas, pero lo primordial es que el narrador se codea con los hechos, los manosea, interroga directamente a los protagonistas sin intermediarios. Después, los relaciona con su particular visión de las cosas y cuando ha madurado la idea, transforma todo ello en un mensaje que difundirá al público.

El cronista se crea una imagen de firma en la que confiar con su buen hacer y el lector puede dejarse llevar por la opinión de esa personalidad que demuestra su gran cultura. Las crónicas pueden ser muy influyentes en la opinión de los lectores y por eso es trascendente

que el escritor tenga un juicio claro y sereno, una clara visión de la realidad y un gran sentido común antes de una crónica antes de lanzarla a la opinión pública.

3.4. TÉCNICA

Como hemos dicho, cada cronista tiene la suya porque desarrolla un estilo personal, pero puede hablarse de cierta técnica de la palabra.

Habría que insistir en la ineludible obligación de ser claro, denso, conciso y transparente. La frase corta y el párrafo no demasiado extenso, resultan imperativos en la crónica periodística. Frases que no excedan de las 15 o 17 palabras y párrafos con un máximo de setenta a ochenta palabras facilitan la lectura, al par que hacen más grata la presentación del trabajo, desde el punto de vista tipográfico. (Martín Vivaldi, 1987: 137)

Yanes Mesa insiste en ello: “aunque dispone de total libertad de estilo, el cronista, como en todo trabajo periodístico, tiene la obligación de dirigirse al gran público, por lo que debe elaborar un texto claro, conciso y transparente” (Yanes Mesa, 2006: web).

Susana González Reyna propone una estructura sencilla de tres partes que considera igualmente importantes (González Reyna, 1991: 37):

- La entrada, que debe tener fuerza y resulta atractiva;
- El relato, que incluye los detalles importantes de lo sucedido; y
- La conclusión, que es el final del relato, aunque no un juicio

Sin embargo, ceñirse a una estructura tan cerrada es demasiado peligroso, porque el estilo libre del autor no permite predecir si se dará más o menos importancia a la valoración que a los hechos y porque el orden de las partes será diferente dependiendo de cada autor.

La conclusión no está siempre al final del relato, pues muchos cronistas prefieren hacer la valoración al principio, e incluso en los titulares, mientras que la argumentación normalmente va a lo largo de todo el texto. Es un género con una estructura formal absolutamente libre. (Yanes Mesa, 2006: web)

Que la crónica lleve o no ladillos divisorios del texto depende en muchas ocasiones de su longitud o de los temas que en ella se traten. Por ejemplo, los ladillos no pegarán si se habla de un tema único; solamente estarán justificados si el tema del que se habla tiene diferentes caras.

Sin embargo, en ocasiones se localizan crónicas, o como dice G. Martín Vivaldi, “croniquillas”, en los “suelos” o despieces de otras noticias. El suelo es la “breve glosa de un hecho, de un suceso, de una idea, de una pequeña noticia. Se diferencia de la simple “nota” porque no solo informa, sino que juzga y valora” (Martín Vivaldi, 1987: 162).

Precisamente por su brevedad –no suele superar las 200 palabras–, concisión y densidad es un subgénero difícil; pero esto, junto con su intención incisiva y directa, hace que el efecto del suelto sea notable.

Desde el punto de vista de la técnica, una de las cuestiones más importantes después de la claridad es la entradilla. El principio de la crónica, el enganche que atrae al lector a continuar hasta el final. Aunque no hay que emplear la pirámide invertida, el primer párrafo es esencial: “Hay que captar la atención del lector desde la primera línea, desde la primera frase. Y ello se consigue con una apelación noticiosa, con un juicio acertado y convincente sobre el hecho motivo de la crónica o, simplemente, con una anécdota curiosa o llamativa” (Martín Vivaldi, 1987: 138). Por su parte, Martínez Agunagalde apunta más claro: lo importante de la crónica, y por tanto, lo que debe quedar reflejado en la entradilla es la noticia junto con la interpretación propia del autor.

La crónica debe comenzar con un párrafo que, además de contener el elemento más destacado del hecho objeto del trabajo del cronista, lleve el calor, el cariño, el horror, la angustia, la alegría o la desolación que a ese periodista presente en el acontecimiento le ha producido lo que ha visto y oído (Martínez Agunagalde, 1997: 71)

La libertad expresiva y formal de la crónica permite que la entradilla pueda ser de tantas maneras como sus escritores quieran, pero una buena manera de acertar en ella es combinar las posibilidades que los dos autores anteriores proponían: mencionar el hecho noticioso a partir de la interpretación del cronista, de un modo llamativo (anécdota, testimonio, juicio certero).

La crónica espera un vocabulario rico, trabajado, personal. “En el reportaje se nombran las cosas; en la crónica se las designa y matiza” (Martín Vivaldi, 1987: 139). Por eso también está permitido el lenguaje literario, aunque dentro de unos límites que no entorpezcan la claridad.

Martínez Albertos lo resume así:

La crónica es un género muy difícil. Hay reglas para su redacción, que en líneas generales suelen resumirse así: síntesis, objetividad, neutralidad, fuerza expresiva, humanidad y belleza, pero no debe olvidarse que la crónica es, también, un arte. El cronista debe ser capaz, cuando menos, de hacer pensar al lector, de conmoverlo, de hacerle vivir y sentir. (Martínez Albertos, 1983: 364)

También cobra especial importancia el modo de titular. En el título debe quedar claro que no es una noticia, por lo que ya debe incorporar elementos interpretativos. Un titular frío e imparcial hace que el lector se acerque a su texto sin percibir que se trata de una valoración de lo que ha sucedido.

Álex Grijelmo considera que el titular de la crónica puede ser de tres tipos (2008: 482):

- a) Como cualquier otra noticia, es decir, con importancia en el contenido informativo;
- b) Con cierta carga de interpretación, que es el titular más específico de este género; y
- c) Con una opinión, bastante utilizado en las crónicas taurinas y deportivas

Pero para Martín Vivaldi, la titulación de la crónica depende, como todo, del cronista y de la relevancia de la noticia:

Cada crónica tiene que ser objeto especial para titularla correctamente, ya que sus títulos deben participar de la doble calidad de lo informativo y de lo opinable. Lo ideal sería que, como cada cronista tiene una personalidad patente en sus crónicas, los títulos de las mismas estuvieran impregnados de esa misma personalidad (Martín Vivaldi, 1987: 223)

En conclusión, aunque hay algunas bases asentadas en torno al modo de enfrentarse a este género, la crónica se caracteriza por su libertad estética y formal, en todos los sentidos. El cronista siempre puede innovar, desplegar su creatividad o sorprender con su originalidad.

3.5. TIPOS DE CRÓNICA

Cada cronista otorga su sello personal a sus textos, por lo que intentar hacer una clasificación válida para todos los casos es complicado. Hay tantos tipos de crónicas como cronistas. Sin embargo, se puede tratar de hacer una ordenación básica. Siguiendo las palabras de Lorenzo Gomis, hay dos grandes tipos de crónica: la crónica que cubre un lugar y la crónica que cubre un tema (2008: 164).

En el primer caso se pueden clasificar según el lugar desde el que se realizan:

- Crónica de corresponsal de guerra: la que realiza un periodista que está en el lugar de los hechos de un conflicto armado.
- Crónica de corresponsal en el extranjero: aquella que escribe el periodista de un medio que está desplazado de la redacción central a otro país de forma permanente.
- Crónica de corresponsal en provincias: como la anterior, pero en lugar de en el extranjero, en alguna localidad de la provincia en la que suceden cosas.
- Crónica de enviado especial: es la que elabora el periodista al que, por razón de un acontecimiento extraordinario, ha sido enviado al lugar de los hechos para poder relatarlos desde cerca.
- Crónica viajera: trata de narrar y explicar lo que el periodista encuentra en un determinado desplazamiento, en muchas ocasiones de forma literaria como relato de las impresiones del viajero.

(Cantavella, 2004: 406-411)

Entramos en terreno farragoso, porque en muchas ocasiones, los corresponsales y enviados especiales no redactan crónicas propiamente dichas, sino noticias, ya que en sus escritos hay información redactada desde el lugar de los hechos pero no es lo habitual que haya interpretación.

En nuestros días, la tendencia más acusada de la prensa española es presentar como crónicas lo que no son sino informaciones de corresponsales destacados en países extranjeros, pero donde se puede encontrar ausencia de valoración o una dosis de ella realmente mínima. (Cantavella, 2004:397)

Esto ya sucede en cualquier tipo de información diaria, pero el problema se agudiza especialmente en lo que se refiere a los cronistas en el extranjero. Sin embargo, la faceta interesante de las crónicas en el extranjero está en la ampliación del tema político a todos los ciudadanos, es decir, conocer qué efecto tienen las noticias en la sociedad.

Si el cronista afina su puntería, puede encontrar en el país visitado material interesante para variadísimas crónicas: el nivel cultural del país, los estudios universitarios, el idioma, los periódicos, la radio, la televisión, la agricultura y la industria, el turismo, las comidas, los hoteles, el horario de trabajo... (Martín Vivaldi, 1987: 150)

Las crónicas del segundo grupo expresado por Lorenzo Gomis –por razón del tema– implican una especialización por el ámbito concreto en el que se circunscriben. Autores como Gil Tovar (en Martín Vivaldi, 1986: 139), Cantavella (2004: 406-417) y Martínez Albertos (1983: 365-374) las distinguen en función del asunto que tratan, y hablan de algunas como...

- Crónica política: aquella que se refiere a aspectos de la vida política, sea nacional, local o municipal.
- Crónica parlamentaria: la que se refiere y explica aspectos y debates parlamentarios y otras cuestiones de la alta política nacional.
- Crónica local: aquella que trata temas referentes a distintos aspectos de la vida ciudadana de una localidad concreta.
- Crónica de sucesos: la que narra acontecimientos relacionados con delitos, muertes, catástrofes y situaciones extraordinarias.
- Crónica judicial: aquella que traslada al lector al desarrollo de un juicio ante el juez o tribunal que entiende el caso.
- Crónica de espectáculos: aquella que resume el movimiento teatral de la ciudad donde aparece la publicación, con valoraciones acerca de las obras y los actores.
- Crónica de arte: aquella que describe, valora y ambienta situaciones relacionadas con obras artísticas.
- Crónica de literatura: aquella cuyo tema principal es el mundo literario.

- Crónica social o de sociedad: en la crónica local, sección o apartado en que se tratan aspectos de la vida de sociedad.
- Crónica taurina: relato en el que se narra el desarrollo de una corrida de toros, con juicios de la actuación y la calidad de quienes intervienen.
- Crónica deportiva: aquella en que el cronista desarrolla lo acontecido en un enfrentamiento deportivo, valora la calidad del juego, expone errores y aciertos, saca conclusiones, etc.

(Martínez Sousa, 1992: 135-136)

Cabe destacar el curioso caso de las crónicas deportivas, en las que, según Grijelmo se permiten unas libertades “que ni siquiera de lejos se plantean sus compañeros de la información política, la vida social, el Ayuntamiento... Con frecuencia descalifican contundentemente o elogian sin reparo, emitiendo opiniones propias a veces muy discutibles” (Grijelmo, 2008: 104). Pero es que este tipo de crónicas tienen un efecto especial sobre los lectores y seguidores de los deportes:

Miles de aficionados que presencian un partido o lo ven por televisión acudirán ávidos poco después a una publicación digital, o al periódico en papel al día siguiente, para saber lo que ya saben. Pero más bien para saberlo de otra manera. Necesitarán conocer la opinión de su cronista de referencia. (Grijelmo, 2008: 107)

La figura del cronista especializado se aprecia más, según Grijelmo, en el caso de las crónicas taurinas.

El cronista de toros en un periódico se desplaza de una feria a otra; y encarna la opinión del periódico sobre lo que ocurre en ese mundillo. Desde su torre de centinela dictará opiniones y sentencias, pero eso requerirá por su parte unos grandes conocimientos de tauromaquia y de su lenguaje, y un gran prestigio en el ámbito sobre el cual se habla. (Grijelmo, 2008: 107).

Por otro lado, Graña (en Martín Vivaldi, 1986: 139) distingue los tipos de crónica según su forma estilística y su finalidad, con tipologías como la crónica doctrinal, artística, literaria, biográfica, descriptiva, utilitaria, amena, etc.

Martín Vivaldi añade que, según su enfoque, la crónica puede ser impresionista –el cronista puede contentarse con una impresión fotográfica personal– o expresionista, dando una versión mentalmente reelaborada de los hechos (1987: 139). Lo mejor y lo más usual es combinar ambas tipologías porque lo que hace el cerebro, ante cualquier situación, es recoger impresiones, analizarlas y obtener una interpretación de ellas.

El mismo autor hace una última distinción entre crónica y croniquilla:

El diminutivo no indica que la croniquilla sea de menor calidad que la crónica. Apuntamos con esta denominación al tema o asunto de la misma, que no es la gran noticia o el gran suceso, sino lo

minúsculo, lo cotidiano, lo que podría decirse crónica de la vida diaria, denominada por algunos autores “folletín”. (Martín Vivaldi, 1987: 140)

Este tipo de “croniquillas” supondrían una mayor dificultad porque al ser menos grandioso su objeto temático, solo un verdadero escritor podría salir airoso, haciendo de un tema intrascendente algo grande.

Como se puede observar tras recoger tantas formas diferentes de clasificar la crónica, existe entre los autores un cierto caos que no permite determinar ninguna tipología efectivamente válida.

La mayoría de los teóricos coinciden en la doble distinción que hizo Gomis entre las crónicas de lugar y las crónicas sobre temas. Sin embargo, en ambos casos, la cantidad de tipos de crónicas podría ser infinita ya que tanto los lugares como los asuntos informativos presentan tantas posibilidades como situaciones de la vida cotidiana.

Para que una clasificación sea válida, todos sus elementos deben responder a un único criterio. Y una reflexión sobre ello nos lleva a pensar que realmente es complicado hallarlo porque no hay nada específico de la crónica que pueda “medirse” o desde la que se pueda hacer una comparación: ni la interpretación, ni la ambientación pueden tener “grados”.

Por tanto, parece que la búsqueda de una tipología de la crónica debe continuar, pero las propuestas conocidas hasta el momento tampoco pueden ser dadas por buenas, por su arbitrariedad y por el caos que presentan.

4. La mirada, principio del periodismo literario

“La mirada lo condiciona todo y genera una voz propia y unos focos de interés particulares” (Angulo, 2012: web). El punto de vista del autor es lo más importante de la crónica. Hemos aludido a ello en otros momentos de este trabajo, pero es que la mirada del cronista es lo que define que una crónica lo sea, y por eso queremos profundizar en ello.

La crónica es una mezcla en proporciones tornadizas de mirada y escritura: mirar es central para el cronista, mirar en el sentido fuerte. Mirar y ver se han confundido, ya pocos saben cuál es cuál; pero entre ver y mirar hay una diferencia radical. Ver, en su primera acepción de la academia es “percibir por los ojos mediante la acción de la luz”, mirar es “dirigir la vista a un objeto”. Mirar es la búsqueda, la actitud consciente y voluntaria de tratar de aprehender lo que hay alrededor, y aprender. Para el cronista, mirar, con toda la fuerza posible, es decisivo; es decisivo adoptar la actitud del cazador. (Caparrós, en Silva y Molano, 2006: 8)

Al cronista le va la vida en desarrollar el sentido de la mirada. No simplemente la vista, sino la observación, minuciosa y atenta de su alrededor. Porque solo si sabe mirar y si se fija lo suficiente, encontrará el material que necesita para su crónica.

Con esta teoría de que el cronista “mira lo que los demás hombres miran pero ve lo que la mayoría no supo ver” (Martín Vivaldi, 1987: 140), también coincide el periodista Martín Caparrós: “El cronista mira, piensa, conecta para encontrar (en lo común) lo que merece ser contado. Y trata de descubrir a su vez en ese hecho lo común: lo que puede sintetizar el mundo” (Caparrós, en Jaramillo, 2012: 609).

El periodismo narrativo es muchas cosas pero es, ante todo, una mirada –ver, en lo que todos miran, algo que no todos ven– y una certeza: la certeza de creer que no da igual contar la historia de cualquier manera. [...] Sólo si una prosa intenta tener vida, tener nervio y sangre, un entusiasmo, quien lea podrá sentir la vida, el nervio y la sangre: el entusiasmo. (Guerreiro, en Rodríguez, 2012: 157)

Leila Guerreiro describe así lo que significa un periodismo narrativo, tras contar un fragmento de su vida a partir del cual centra la atención del lector en un capítulo que, si comenzara con “el periodismo narrativo es” (y dos puntos), seguramente no tuviera el mismo efecto.

Por eso es tan importante la mirada propia, porque lo que interesa a los lectores son las historias, no solo los datos. “Pasar de las fuentes a los personajes y de las declaraciones a las escenas casi teatrales donde la gente se cuenta cosas es entrar en el mundo del periodismo narrativo” (Herrscher, 2009: 39). Alguien acuñó el dicho “los números son fríos, las historias, cálidas” y sin duda tenía razón: esa máxima del periodismo se presenta especialmente en el periodismo narrativo, como es el caso de la crónica.

El periodismo narrativo se construye, más que sobre el arte de hacer preguntas, sobre el arte de mirar. La forma en que la gente da órdenes, consulta un precio, llena un carro de supermercado, atiende el

teléfono, elige su ropa, hace su trabajo y dispone las cosas en su casa dice, de la gente, mucho más de lo que la gente está dispuesta a decir de sí (Guerreiro, en Rodríguez, 2012: 160).

La mirada del periodismo narrativo se entremezcla con la frontera de la literatura: el resultado son textos estéticos cargados de contenido real pero con una belleza literaria. Entramos en el terreno del periodismo literario: el periodismo no es solo información y actualidad, así como la literatura no es solo ficción. “El periodismo narrativo es capaz de hacer algo más que transmitir la voz y el punto de vista del narrador. Puede llevarnos a las voces, las lógicas, las sensibilidades y los puntos de vista de los otros” (Herrscher, 2009: 37). El periodismo literario se puede definir como:

Un conjunto de textos que son al mismo tiempo Periodismo y Literatura. Es decir, composiciones que aman el rigor del reporterismo, el respeto por el pacto de lectura (el compromiso y el debate del periodista de no inventarse ni un solo dato, ni una escena) y la calidad estética del relato, como consecuencia del uso magistral de las técnicas literarias, tradicionalmente utilizadas en las narraciones de carácter ficticio, como el cuento y la novela. El resultado de esa hibridación con crónicas, reportajes, perfiles, artículos, columnas que logran una máxima eficacia periodística (referencial y fáctica al narrar los hechos) y una gran calidad literaria: la estética no solo embellece el relato, sino que, al detenerse en los detalles que el periodismo tradicional y estandarizado ignora, alcanza una dimensión más humana y, por lo tanto, más real de la historia. (Rodríguez y Angulo, 2010: 11-12)

Según Herrscher, este tipo de periodismo es ambicioso: “no busca solo informar, entretener o enseñar algo. Busca el mayor objetivo al que puede aspirar un escrito: a que el lector cambie, crezca, conozca no solo una parcela del mundo que desconocía, sino que termina conociendo una parcela de sí mismo que no había frecuentado” (Herrscher, 2009: 43).

Se incluye aquí, en el periodismo literario, la teoría de Jorge Carrión que apunta que las crónicas deben ser mejores que la realidad por su manera de ser contadas, pero también mejores que la ficción por su componente fáctico: “Su orden o su aparente caos, su estructura, su técnica, sus citas, la presencia del autor tienen que comunicar el sosiego que la realidad no sabe transmitir: lo he entendido por ti, lector, que ahora, a tu vez, lo entiendes. Te paso el testigo” (Carrión, 2012: 13).

Carrión también considera que “la mirada” es fundamental para el cronista. Habla de una empatía con las personas o el mundo sobre el que tiene que escribir. “Toda crónica fija literariamente la relación que existió entre la *mirada* de quien escribe y la *oportunidad* que le dio el mundo de revelar una de sus infinitas facetas. Los cronistas son observadores que no dejan pasar su oportunidad y la transcriben” (Carrión, 2012: 16).

Tanto Guerreiro como Carrión coinciden en que esa mirada del observador ha de pasar inadvertida: “se normaliza, se mimetiza, se vuelve casi invisible. Se filtra” (Carrión, 2012: 17); “pero para ver no sólo hay que estar: para ver, sobre todo, hay que volverse invisible” (Guerreiro, en Rodríguez, 2012: 160). Se trata de una mirada que intenta comprender, cuyo

objetivo es poder transmitir cada detalle al lector, pero sobre todo, de una mirada crítica; la empatía no lo es todo, el cronista observador debe hacer de intermediador y, en todo momento, ser “conscientemente parcial” (Carrión, 2012: 18). Esa distancia del cronista es la que le confiere la independencia: un testimonio personal puede ser la alternativa al relato corporativo o político. “El cronista trabaja en contra de la versión oficial, contra el comunicado de prensa” (Carrión, 2012: 19).

Volviendo al concepto del periodismo literario (“mejor que ficción”), Carrión apunta una definición novedosa de la crónica: no es un género, es un debate. “El periodismo y la ficción moderna se gestan simultáneamente. [...] Las grandes novelas sobre la realidad van a seguir métodos de composición parecidos a los de la investigación periodística” (Carrión, 2012: 26-27). El autor se refiere a la discusión entre ficción y no ficción, o, dicho con otras palabras, al adorno literario frente a la cruda realidad. Pero no solo eso, también es un debate por la dificultad de determinar lo que es una crónica, por la variedad de maneras de construirla y porque cada cronista se forma una opinión propia a cerca de ella.

En España, un reportaje es una crónica, mientras que en algunos lugares de América Latina es una entrevista. Perfil. Retrato. Semblanza. Estampa. Cuadro de costumbres. Aguafuerte. [...] Impresiones. Apuntes. Instantáneas. Polaroids. Los artistas bolcheviques de vanguardia concibieron el concepto factografía para denominar a ciertas estrategias artísticas que, con claro objetivo revolucionario, recurrían al collage, al fotomontaje o al cine para construir artefactos narrativos vinculados con lo real. (Carrión, 2012: 30)

Juan Villoro dijo que la crónica es “literatura bajo presión” (en Carrión, 2012: 30), porque extrae la condición subjetiva de la novela, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear un escenario para situar al lector en el centro de los hechos.

Cada crónica es, por tanto, un debate que solo transcribe datos inmodificables y que reclama otras palabras. Un debate inclusivo con los géneros y las formas textuales de cada momento histórico. Un debate que comienza en la propia palabra «crónica». Un debate largo, habitual, inveterado, que viene de tiempo atrás: crónico. (Carrión, 2012: 31)

Esta asimilación entre la crónica con el debate ha quedado reflejada a lo largo de este trabajo. El hecho de tratarse de un género interpretativo ha conllevado la interpretación por parte de todos los teóricos y estudiosos, por lo cual hay una amplia variedad de propuestas en torno a la crónica. Además, como siempre, interviene la mirada del cronista: lo que se escribe es fruto de un debate en el que se han seleccionado unos aspectos, unas palabras, unas escenas. Y, tratándose de decisiones tan subjetivas como la propia mirada, siempre pueden generar controversia.

5. Historia de la crónica, un género entre la literatura y el periodismo

La crónica periodística, al igual que ocurría con los géneros, es heredera de una tradición literaria: “La crónica fue ya, mucho antes de que surgiera el Periodismo como medio de comunicación social, un género literario en virtud del cual el cronista relata hechos históricos, según un orden temporal” (Martín Vivaldi, 1987: 123). Pero no solo eso. Antes de ser un género literario, la crónica ya era una manera de contar la Historia. Según Juan Carlos Gil González:

La crónica es un género genuinamente latino, una peculiar forma de narrar los hechos procedentes de la Historia en primer lugar, posteriormente empleada por la Literatura, lo que enriqueció con nuevos matices, y finalmente el periodismo la adoptó a las rutinas y condiciones informativas. (Gil González, 2004: 1)

Las primeras crónicas, según Martín Vivaldi, podrían ser “La guerra de las Galias” (“De bello gallico”) o “Crónica general de España”, que comenzó en 1270 Alfonso X el Sabio. Sin embargo se trata de ejemplos de narración pura, estos relatos no llevaban a cabo una interpretación de los hechos, que es lo que caracteriza a la crónica.

Pero es que mucho tuvo que llover para que de las primeras crónicas se llegase a las periodísticas. Desde la Edad Media se ha empleado la crónica como una herramienta narrativa que permitía “relatar a un determinado público lo que sucedía en un lugar estipulado” (Gil González, 2004: 1). Por tanto, aunque en esta época el principal método de transmisión de conocimientos era la comunicación oral por medio de romances, juglares y canciones, la crónica estuvo inicialmente muy ligada a la historiografía.

La proliferación de crónicas y obras historiográficas de todo tipo, que se dan en el occidente medieval desde principios del siglo XII, encuentra su cabal réplica en la Península Ibérica cien años más tarde: el *Chronicon Villarense*, redactado en riojano muy a comienzos del siglo XIII, constituye la primera muestra de la utilización de una lengua romance peninsular y de un género en la redacción de obras históricas. (Alvar, Mainer y Navarro, 1997: 107)

La Historia fue tomando forma a través de las crónicas variadas, posicionando a este tipo de texto como la manera adecuada de dejar constancia, en detrimento de las formas de transmisión oral. Según Gil González, hacia 1275 se utiliza este término con carácter histórico en la *Primera Crónica General*. Y de ella se dio paso a otras sobre temas muy variados: el nacimiento de un príncipe, los matrimonios reales, las defunciones de familias sobresalientes... siempre, claro está, ligadas a la alta sociedad.

“El gran desarrollo de la crónica como fuente de desarrollo histórico se produjo entre los siglos IX y XIV, siendo los monjes los encargados de su cultivo” (Gil González, 2004: 2). Sin embargo, ejemplos como la Crónica de España (1483), de Diego de Valera demuestran que

este modo de plasmar la Historia no estaba exento de ideología, sino que lo común era que se encargase al cronista defender una causa, una familia o una doctrina.

Con el florecimiento de los negocios mercantiles y, por tanto, el desarrollo de la vida urbana, surge como fenómeno peculiar la publicación de crónicas ciudadanas, que buscaban difundir los beneficios de las ciudades. Es en este momento cuando se fija la figura de un cronista que se dedica a la labor exclusiva de redactar crónicas por su cultura y soltura escribiendo, que está atento a la actualidad de la zona y que recibe una remuneración a cambio de ello (Gil González, 2004).

Hasta este punto ya se cumplen dos de las principales características de la crónica: es un relato transmite los acontecimientos según un orden cronológico; y el autor del texto, como testigo privilegiado de los hechos, tiene que seleccionar los hechos, interpretarlos y contarlos de la manera que vea adecuada, por lo que su personalidad es determinante.

Pronto, la crónica empezó a mezclarse con la ficción:

Las crónicas dedicadas a difundir los viajes de los aventureros renacentistas, las tomas heroicas de las ciudades, los descubrimientos del Nuevo Mundo... introducen narraciones, descripciones, creación de mundos imaginarios y alternativos, diálogos, retratos de personajes, comparaciones... más propios de la ficción literaria que de la rigurosidad histórica. (Gil González, 2004: 3)

Así pues, a través de ejemplos como la *Crónica del condestable* Miguel Lucas de Iranzo, la *Crónica del famoso cavallero Cid Ruy Díaz Campeador* o la *Crónica Serracina* de Pedro del Corral, comienza a establecerse un vínculo entre realidad y ficción, entre historia y literatura. Por eso Gil González se permite afirmar que “el nexo de unión entre la literatura y el periodismo es la crónica” (Gil González, 2004: 3). De esta relación inevitable se deduce la pasión por la palabra que tiene el cronista, quien emplea la retórica para embellecer el mensaje.

Así es como también comienza a ser relevante el personaje que firma la crónica, que no es una persona cualquiera sino un creador nato que tiene una gran trascendencia en la composición de la historia. Por eso se puede considerar que la presencia de un autor particular y conocido es una característica inherente de la crónica.

El cronista ha sido siempre un sujeto que ha firmado sus escritos, hecho que conlleva una responsabilidad añadida: esta identificación del texto con su autor facilita el nacimiento de un compromiso, de un vínculo simbólico entre emisor y receptor. (Gil González, 2004: 4).

La llegada de la imprenta crea un modelo de comunicado informativo en el siglo XVI, publicaciones de carácter monotemático y pequeño formato –normalmente cuatro u ocho hojas–, en las que la gacetilla y la crónica se posicionaban como géneros iniciales de la comunicación impresa. (Vázquez Montalbán, 1985: 66-67).

Los primeros temas de que se ocuparon fueron los relativos a la Reconquista (la toma de Málaga, la de Granada, etc.). Inmediatamente aparecieron los temas del Nuevo Mundo. “Las cartas de Colón fueron impresas numerosas veces y también traducidas en otros países. Ya en el siglo XVI será tema dominante la conquista de América, pero no faltarán otras relativas a la guerra contra los turcos y a otros conflictos europeos” (Pizarroso, 1994: 259).

Dada la amplitud de la historia de la crónica, hemos considerado más efectivo destacar determinados hitos históricos que han marcado su desarrollo, por orden cronológico.

5.1. LA CRÓNICA DE INDIAS

Un hito fundamental en la crónica histórico-literaria es la aportación de los llamados historiadores de Indias. Son los escritores que se dieron a conocer con memorables obras, al contar lo que estaban viendo cuando llegaron a las tierras americanas: lo hicieron como conquistadores o como acompañantes de las grandes figuras, cuyas gestas eran encargados de poner por escrito. En esta tarea destacaron figuras como la Cristóbal Colón, Hernán Cortés o Bernal Díaz del Castillo.

La principal característica de sus escritos es el asombro: todo lo que encuentran les parece tan maravilloso y extraño que sienten la necesidad de dejarlo por escrito para que quede constancia de lo que han presenciado en el Nuevo Mundo. En el siglo XVI no existían los periodistas, pero sí ese afán de contar lo que se observaba.

Todo comenzó con el primer cronista: Cristóbal Colón (1451-1506), quien desde el momento en que llega a las nuevas tierras, no deja de anotar en sus cartas tantas bellezas como saltan ante sus ojos, aun creyendo que se hallaba a las puertas de Asia.

La crónica tuvo su momento, y ese momento fue hace mucho. América se hizo por sus crónicas. América se llenó de nombres, conceptos e ideas a partir de esas crónicas de Indias; a partir de esos primeros relatos que esos primeros viajeros, más o menos letrados, hicieron sobre ella. Aquellas crónicas eran un intento heroico de adaptación de lo que no se sabía a lo que sí. Un cronista de Indias, un conquistador, ve una fruta que no había visto nunca y dice que es como las manzanas de Castilla, solo que es ovalada, su piel es peluda y su carne violeta. Nada da por supuesto que se parezca a una manzana. Pero ningún relato de lo desconocido funciona si no parte de lo que ya conoce. Así escribieron América los primeros; las raciones que partían de lo que esperaban encontrar y chocaban con lo que encontraban. Lo mismo que nos sucede cada vez que vamos a un lugar, a una historia, a tratar de contarlos. Ese choque, esa extrañeza, sigue siendo la base de una crónica. (Caparrós, en Silva y Molano, 2006: 10)

Sin embargo, Carrión apunta sobre estas “crónicas de Indias”: “son crónicas porque utilizan el lenguaje literario para describir el presente conflictivo, pero todavía están más cerca de la historia antigua que del futuro periodismo” (Carrión, 2012: 21).

5.2. NACIMIENTO DEL PERIODISMO

El siglo XVIII es clave para contextualizar el origen de las relaciones entre el periodismo y la literatura en Europa; aunque en realidad, en todo el mundo, es imposible entender el origen de uno sin la otra.

Durante esa etapa surge el periódico como instrumento cultural al servicio de la Ilustración, se empiezan a utilizar los vocablos *literatura* y *periodista*, se consolida la figura del hombre de letras, se profesionaliza el oficio del escritor, nace la moderna noción de público y, por lo tanto, se concibe la hoja periódica como fuente de ingresos para los autores de la época, como catapulta para el éxito editorial de los escritores y como medio de comunicación internacional. (Rodríguez y Angulo, 1010: 57)

Se expande por Europa la primera generación de periódicos y el periodismo suma nuevas formas como la entrevista, el reportaje, la crónica breve, y en el siglo XIX la literatura empieza a buscar su especificidad. Quienes se dedicaban a la escritura como creación estética, empezaron a acotar su terreno para distinguirlo de otros oficios que también tenían como herramienta básica la palabra.

Sin embargo, el naciente periodismo no coincidía con los cánones de belleza ni con las exigencias retóricas de una disciplina vinculada a la nobleza, el arte o el clero. La elites consideraban al periodismo como una mera “difusión de la mediocridad intelectual” (Rodríguez y Angulo, 1010: 59).

Nacía así una rivalidad entre dos tipos de oficio que daba lugar a la noción de literato como el sabio y erudito adornado de letras, frente a la del escritor de periódicos, que publicaba sin la preparación intelectual suficiente, y más motivado por el afán lucrativo que por el espíritu ilustrado (Rodríguez y Angulo, 1010: 61)

Daniel Defoe publicó en 1722 el primer reportaje novelado conocido: *A Journal of the Plague Year* (Diario del año de la peste), una minuciosa reconstrucción de la epidemia de peste bubónica que asoló la ciudad de Londres en 1665. Otro gran ejemplo clásico de reportaje novelado es *Storia della colonna infame* (Historia de la columna infame, 1842), escrito por Alessandro Manzoni, fundador de la novela italiana moderna. “Defoe y Manzoni no son, nótese bien, dos casos aislados, más o menos interesantes, sino dos ejemplos altamente significativos de un fenómeno cultural y comunicativo capital: el nacimiento coetáneo del periodismo y de la novela moderna” (Chillón, 1999: 80).

No es que los grandes escritores de ficción se dedicasen también al periodismo, sino que a partir del siglo XVIII y, sobre todo, del XIX aparece con fuerza en Europa una nueva *sensibilidad realista*, muy preocupada por reflejar los acontecimientos de los nuevos tiempos. Esto se plasmó en dos grandes modalidades: por un lado, la novela y el relato

realistas; por otro, las diversas modalidades de la prosa testimonial y del incipiente periodismo.

El periodismo y la novela realista crecieron paralelamente. En la tradición novelística conviven dos formas básicas de ficción en prosa: la mitopoética –creadora de mundos fabulosos– y la realista, que intenta representar verosímilmente los contornos de la realidad perceptible (*romance* y *novel* en inglés).

No es que el realismo en la literatura fuera un elemento novedoso –Platón y Aristóteles ya nombraron como mimesis (imitación) a la voluntad de representar la realidad–, sino que el género empezó a tomar conciencia como tal con el desarrollo de la novela moderna, en los siglos XVIII y XIX.

La novela realista fue la forma de mimesis literaria en la que la nueva clase dominante proyectó su *weltanschauung*, su visión o concepción del mundo. Los *kosmos* que erigían los nuevos novelistas una representación de la realidad que ellos mismos protagonizaban y construían material y culturalmente. (Chillón, 1999: 89)

Hablamos de autores como Stendhal, Balzac, Flaubert y Zola, que se decidieron a abandonar la rígida separación de géneros y se lanzaron a seguir una voluntad de representar literariamente la realidad social de la época.

La novela realista fue el género que más contribución aportó a la conformación del periodismo literario, pero no el único. Durante las primeras décadas del siglo XX, la tradición autobiográfica recibió un impulso, acercándose a una vocación documental. Tomaba importancia el “yo”, que se materializaba en la escritura de diarios.

Aunque la mayor parte de ellos tratan de la intimidad de sus autores, algunos diarios tienen un indudable valor documental, próximo a la crónica y a las formas más elementales del reportaje –aquellas basadas en la observación y la evocación, y no en la indagación metódica a partir de fuentes. (Chillón, 1999: 117)

Por su parte, “la crónica y el reportaje periodísticos modernos han recibido importantes contribuciones de la vieja crónica de viajes, una de las modalidades más antiguas y esenciales de la narrativa oral y escrita” (Chillón, 1999: 121). Y es que los primeros periodistas modernos en lengua española se caracterizan por un desplazamiento (Carrión, 2012: 21)

No debemos olvidar, para terminar, la importancia del cuadro y el artículo de costumbres. Estos géneros testimoniales tan cercanos a la crónica periodística han alimentado al periodismo literario moderno.

Desde su época de esplendor, aproximadamente a mediados del siglo XIX, el costumbrismo ha sido una suerte de gozne, una encrucijada de géneros periodísticos y literarios diversos, como por ejemplo la

crónica social, el retrato, el reportaje, la nota humorística [...]. Es imposible considerar al cuadro o artículo de costumbres fuera de la prensa escrita, que desde siempre ha sido su cuna y vehículo básico. (Chillón, 1999: 127)

El maestro del costumbrismo español, Mariano José de Larra, lo describe como “un ramo de literatura en que es indispensable hermanar la más profunda y filosófica observación con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia” (Larra, en Chillón, 1999: 127). En las últimas décadas, la herencia del costumbrismo es patente en el periodismo informativo, que incorpora algunos de sus recursos, como el retrato de personajes, la captación de diálogos cotidianos y la descripción de ambientes –sobre todo las crónicas.

En el siglo XX se normaliza la práctica burguesa del periodismo, enmarcando a la ciudad como patria de los cronistas: “el nacionalismo (lo local) pronto se enfrentó con el cosmopolitismo (el mundo vivido en libertad) de los escritores modernistas” (Carrión, 2012: 22). También surge la duda, esa duda que vuelve locos a filósofos como Descartes: la existencia de Dios. “Los cronistas modernistas, con su doble condición de poetas y cronistas, van a tratar de llenar ese vacío divino con la utopía de la belleza y con la obsesión por lo real” (Carrión, 2012: 22).

5.3. NUEVO PERIODISMO

Pero en todo este tiempo, la literatura y el periodismo continúan con su unión inseparable. Por eso, dice Carrión, “no es casual que Cien años de soledad sean la primera gran novela latinoamericana que tiene forma de crónica. Es precisamente García Márquez, junto con Rodolfo Walsh, quienes dan a la crónica la ambición y la estructura de la novela” (Carrión, 2012: 24). Se estaba gestando la llegada del periodismo narrativo latinoamericano, que desembocaría después en la corriente del *New Journalism*.

Si los poetas simbolistas y modernistas convirtieron las crónicas en pequeños poemas en prosa de contundente actualidad, los novelistas de medio siglo las dotaron de estructura, de personajes, de flashbacks, de monólogos interiores y de capítulos. (Carrión, 2012: 25).

En 1846 se fundó la Associated Press, vinculada con los ideales de imparcialidad y de integridad, defendiendo el concepto de objetividad. Pero al mismo tiempo, Charles Danah (director de *The Sun*) y Joseph Pulitzer (fundador de *World*) sentaron las bases de un periodismo de investigación con conciencia de autoría y con voluntad de seducción. Y personajes como Rubén Darío y José Martí desarrollan una nueva forma de narrar la realidad, “adaptada a cada contexto particular y según las convicciones éticas y estéticas de cada cual” (Carrión, 2012: 28).

Hasta hace pocos años se ha seguido estudiando un fenómeno con categorías prácticamente finiseculares: separando “creación” o “arte” (léase poesía, en lo que se refiere a la mayor parte del modernismo) de “producción” (léase periodismo como bien de consumo y sujeto a normas de venta).

Esta separación tiene como trasfondo, por un lado, difundidos estereotipos acerca de la “literatura pura”, de los géneros o del trabajo asalariado como incapaz de producir obras de arte; y, por otro lado, el prototipo del arte verdadero como consumo reservado a las élites. (Rotker, 2006: 24)

Pese a que periodismo y literatura siempre han caminado de la mano, también han estado enfrentadas durante mucho tiempo. Es ahora, con la aparición de las crónicas poéticas modernistas, cuando se reconoce que pueden ser una misma cosa: “la operación textual no se diferencia drásticamente por el hecho de que un mismo autor mezcle la soledad imaginada para su creación poética con el ruido y las presiones de las redacciones periodísticas” (Rotker, 2006: 26).

La mayoría de los grandes cronistas son también grandes novelistas, pues estas están basadas en hechos reales. La crónica, afirma Monsiváis, es «literatura bajo presión» (en Carrión, 2012: 30), y esa es la base de la corriente del Nuevo Periodismo: un modo de hacer periodístico que nace –de modo oficial– en los años 60 en Europa, EEUU y Latinoamérica, principalmente, que emplea el periodismo literario y otorga “la máxima importancia a promover la capacidad de contar historias en forma creativa y el rigor en la investigación periodística” (uno de los valores de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano: web).

Los protagonistas de este *new journalism* en Norteamérica son Truman Capote, Normal Mailer, Gay Talese y Thomas Wolfe; en Europa se debe hacer mención a Oriana Fallaci, Günther Walraff y Ryszard Kapuscinski; y en Latinoamérica, Gabriel García Márquez, Tomás Eloy Martínez, Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis, entre otros.

En España, a partir de la última etapa del franquismo (finales de los sesenta) hasta los ochenta con la transición, se desarrolló una corriente periodístico-literaria caracterizada por su visión crítica e intelectual. Se trataba del Nuevo Periodismo español, influido por el modelo extranjero del *new journalism*, aunque ya se observaban estos tintes novedosos antes de ello. Rosa Montero contaba: “Yo empecé a leer lo del Nuevo Periodismo mucho más tarde de que efectivamente estuviera escribiendo de la manera en que lo hago, y como yo pienso que la inmensa mayoría de la gente” (Montero en Chillón, 1999: 354). Y aún así, ella misma hablaba de lo que diferenciaba a un periodismo que se basa en...

...la subjetividad, la búsqueda lingüística y literaria de lo que estás escribiendo, no solamente del lenguaje sino también de una estructura literaria. Plantearte que cada cosa que hacer puede tener su propia estructura como la tiene un cuento, mientras que un periodista tradicional –aunque sea un buen profesional– siempre hará los reportajes de una determinada manera [...]. Tener la inquietud de buscar, de ensayar, de intentar siempre que estás con fuerza, ánimo y cerebelo suficientes una búsqueda lingüística en lo que estás haciendo; eso –y el tema de la subjetividad– es lo que conforma lo que se llama Nuevo Periodismo. (Montero en Chillón, 1999: 354)

Periodistas como Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent, Eliseo Bayo, Francisco Umbral o Monserrat Roig eran los integrantes de este Nuevo Periodismo por su carácter innovador. Lógicamente, en este modo de hacer periodístico tenía su hueco la crónica, “un género variopinto que permite el ejercicio gozoso de un periodismo informativo empapado de explícita subjetividad” (Chillón, 1999: 377).

Chillón nombra algunos “nuevos periodistas” como José Luis Martín Prieto o Maruja Torres, entre los mejores cronistas españoles del periodismo literario; aunque se centra más en los reporteros (Eliseo Bayo, Manuel Leguineche), y bautiza a ambos creadores de los géneros literarios como narradores.

La función colorista y reconstructora de escenarios de la crónica, tal y como hemos la definido en este trabajo, perdió, en parte, su importancia y necesidad con la aparición de la fotografía. “Una imagen vale más que mil palabras”, dijeron, y esto propició un lento desplazamiento del género que describía las imágenes:

La crónica era el modo de contar de una época en que no había otras. Durante muchos siglos, el mundo se miró en las palabras. A finales del siglo XIX, cuando la foto se hizo más portátil, empezaron a aparecer esas revistas ilustradas donde las crónicas ocupaban cada vez menos espacio y las fotos más; la tentación de mostrar los lugares que antes se escribían. Después vino el cine, apareció la tele, y muchos supusieron que la escritura era la forma más pobre de contar el mundo, el que ofrece menos sensación de inmediatez, de verosimilitud. La palabra nos muestra, construye, evoca, reflexiona, sugiere... esa es su ventaja. (Caparrós, en Silva y Molano, 2006: 11)

Como dice el cronista Martín Caparrós, el papel de las palabras es insustituible. La televisión, el cine, la radio... todos se nutren de palabras, de contar las cosas, de expresarlas e incluso de interpretarlas. Por eso el lenguaje escrito nunca perderá su importancia; en uno u otro soporte, siempre será la base de todo. Y por eso textos como las crónicas nunca podrán dejar de existir, porque el periodista sabe que es el género más rico y el que más puede transmitir a los lectores. Quizás lo único que haga falta, es encontrar la manera de incorporar la crónica en los periódicos de nuevo, o buscar nuevas fórmulas para que llamen la atención del lector. Pero el lector exigente y crítico seguirá buscando las crónicas en las páginas de los diarios: esos textos que le aportan *más*. Y el cronista, seguramente, no le defraudará.

Yo lo llamo crónica, algunos lo llaman “Nuevo Periodismo”. Es la forma más reciente de llamarlo, pero se anquilosó. Aquello que llamamos Nuevo Periodismo se conformó hace medio siglo, cuando algunos señores y muy pocas señoras todavía decidieron usar recursos de otros géneros literarios para contar la no ficción. Con ese procedimiento armaron una forma de decir, de escribir, que cristalizó en un género. Ahora, casi todos los cronistas escriben como esos tipos de hace 50 años. Pero lo bueno era el procedimiento y es lo que vale la pena recordar: buscar qué más formas podemos saquear aquí, copiar allí, falsificar allá, para seguir buscando nuevas maneras de contar la vida. (Caparrós, en Silva y Molano, 2006: 12)

5.4. EN LA ACTUALIDAD

La figura del cronista de hoy ha cambiado. En su célebre discurso “El mejor oficio del mundo” (1996, web), Gabriel García Márquez habla de la importancia de las tertulias de periodistas, pero “los nuevos patrones económicos mundiales y la irrupción de Internet en los circuitos de la información global han puesto en crisis ese tipo de comunidades” (Carrión, 2012: 31).

Muchos cronistas se formaron en las redacciones de los diarios de su época, pero actualmente predomina la figura del free-lance, el periodista que cobra por pieza producida. Y esto en el mejor de los casos, porque al surgir tantos cursos, talleres y carreras universitarias, la docencia se presenta como una tentadora opción.

El espacio que la crónica hispanoamericana ha perdido en diarios ha pervivido en revistas de periodismo narrativo y de información crítica y cultural. Algunos ejemplos pueden ser la revista barcelonesa *Lateral* –aunque desapareció en 2006–, la colombiana *El Malpensante* o la mexicana *Letras Libres*.

Por otro lado, Internet ha revolucionado la presencia del género en los medios:

Si las crónicas íntimas y esenciales de Jaime Bedoya, Eduardo Jordá, Manuel Vicent o Antonio Cisneros no pueden entenderse sin el número de caracteres que les otorgan las revistas o diarios donde las publican, las obras documentales de nuestra época tampoco van a poder desligarse fácilmente de sus nuevos medios de difusión: revistas digitales, blogs, páginas de descargas... (Carrión, 2012: 32)

El lugar simbólico que ocupaban las redacciones de los diarios como espacio de diálogo y de creación empezó a ser representado por redes inmateriales, ya que sus participantes valoran más la trama nómada y cosmopolita que la sede física: “la importancia, en la primera década del siglo XXI, de dos revistas prácticamente consagradas al periodismo narrativo, como la colombiana *Gatopardo* y la peruana *Etiqueta negra*, radica justamente en la deslocalización de su círculo de colaboradores” (Carrión, 2012: 32)

Uno de los problemas que siempre ha encontrado la crónica para ser publicada en los diarios es su necesidad de un espacio considerable. Durante algunas épocas se optó por la publicación por entregas, pero ese inconveniente desaparece con la presencia de las ediciones digitales. Destacan la venezolana *Marcapasos*, la boliviana *Pie izquierdo*, la chilena *Qué tal* o la hispano-argentina *Orsay*, junto con otras publicaciones con fuerza que solo existen en la red, como las revistas digitales *Periodismo Humano* y *FronteraD*, cuya sede se encuentra en España pero su lectura se produce en el ciberespacio, sin localizaciones geográficas.

Como se habrá podido observar, el panorama actual de la crónica periodística posiciona a Latinoamérica como el territorio que más cultiva el periodismo narrativo. Por eso parece conveniente reparar un poco más en la crónica latinoamericana.

5.5. CRÓNICA LATINOAMERICANA

“La crónica es un género bien sudaca”, dice Martín Caparrós (Caparrós, en Silva y Molano, 2006: 11). Desde los primeros escritos como resultados de las expediciones al Nuevo Mundo firmados por personajes como Cristóbal Colón o Hernán Cortes; pasando por los cuadros de costumbres del siglo XIX, hasta el modernismo de José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera o Rubén Darío, la crónica ha estado presente en Latinoamérica.

Y es que la crónica fue el laboratorio de ensayo del “estilo” modernista, el lugar del nacimiento y transformación de la escritura, el espacio de difusión y contagio de una sensibilidad y de una forma de entender lo literario que tiene que ver con la belleza, con la selección consciente del lenguaje, con el trabajo con imágenes sensoriales y símbolos, con la mixtura de lo extranjero y lo propio, de los estilos, de los géneros, de las artes. (Rotker, en Martí, 1993: 9)

La unión de arte y realidad experimentada anteriormente con el modernismo desembocaría en el Nuevo Periodismo, protagonizado por Gabriel García Márquez hasta el punto de crear la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, de la que hoy en día forman parte los mejores cronistas de Latinoamérica.

“La crónica periodística es la prosa narrativa de más apasionante lectura y mejor escrita hoy en día en Latinoamérica” (Jaramillo, 2012: 11), y por eso ha creado su propio universo: hablábamos antes ya de una extensa red de revistas (*Etiqueta negra, Gatopardo, Pie izquierdo, Letras Libres*, etcétera), pero además hay autores muy reconocidos, encuentros de cronistas, talleres y premios de crónica.

Si la producción de crónicas es tal, se debe a que existe demanda y cada vez son más los libros de crónicas, tanto compilaciones como libros nutridos por una crónica extensa. Las “crónicas de largo aliento”, como llaman a aquellas que por su extensión salen publicadas en un libro (Angulo, 2012: web), son obras monotemáticas, fruto de una larga investigación.

Los grandes temas de la crónica latinoamericana son la violencia o la extravagancia. Sus protagonistas pueden ser personajes famosos, pero también el asesino: a la crónica “le fascina la víctima. Y el espacio prohibido, gueto o secta, cárcel o frontera caliente [...]. La crónica suspira y desvive por encontrar las razones del asesino, sea el niño asesino o el presidente asesino, el terrorista asesino o la adolescente pistolera” (Jaramillo, 2012: 45). Por eso, ser cronista requiere no tener demasiada noción de peligro, tener sangre fría y valor para investigar un tema, exponerlo y asumir las consecuencias de lo que dice. “Uno de

los elementos que convierten la crónica en algo más que un género, en un territorio, es la conciencia del oficio y de sí mismos que tienen los cronistas” (Jaramillo, 2012: 46).

“Hoy en día, la crónica latinoamericana es un género autónomo, con su propio territorio que tiene tratados de límites por un lado, con la información neutra del periodismo y, por otro lado, con la literatura” (Jaramillo, 2012: 30). Esta consideración posiciona a la crónica como un arte. Tomás Eloy Martínez dice: “Antes, los periodistas de alma soñaban con escribir aunque solo fuera una novela en la vida; ahora, los novelistas de alma sueñan con escribir una crónica tan inolvidable como una bella novela” (en Jaramillo, 2012: 32).

5.5.1. Crónica argentina: la figura de Martín Caparrós

Tomás Eloy Martínez afirma que “la crónica es el género central de la literatura argentina” (en Jaramillo, 2012: 13). Entre los cronistas latinoamericanos destacan tres argentinos: Leila Guerreiro, María Moreno y Martín Caparrós.

Caparrós sobresale por su extensa producción de crónicas en forma de libros de viajes, que comenzó con *Larga distancia* (1992). Continuó dos años después con *Dios mío* y les siguieron *La guerra moderna* (1999) y *El Interior* (2006) hasta llegar a *Una luna* en 2009, crónica de un “hiperviaje” en el que pasa por nueve ciudades.

“El viaje y la poesía coinciden explícitamente en la obra de Caparrós, el más inquieto de los cronistas de este cambio de siglo, en cuyas rítmicas páginas abundan los endecasílabos” (Carrión, 2012: 36). Esa voluntad “experimentación con las formas para sintonizar con los espacios y las voces con que el cronista se va cruzando” (Carrión, 2012: 37) convierte a Martín Caparrós en necesario representante del periodismo narrativo.

Pero además, Caparrós destaca por sus reflexiones en torno a la crónica. Durante todo el documento hemos reflejado sus citas del prólogo de *Las mejores crónicas de Gatopardo* (una antología editada por Silva y Molano), y del capítulo “Por la crónica” de *Antología de crónica latinoamericana actual*, de Darío Jaramillo. Se trata de un texto que pone en valor el género que abordamos, y contiene fragmentos como estos:

Me gusta la palabra crónica. Me gusta, para empezar, que en la palabra crónica aceche cronos, el tiempo. Siempre que alguien escribe sobre el tiempo, pero la crónica -muy en particular- es un intento siempre fracasado de atrapar el tiempo en que uno vive. Su fracaso es una garantía: permite intentarlo una y otra vez -y fracasar e intentarlo de nuevo, y otra vez. (Caparrós, en Silva y Molano, 2006: 8)

La crónica es eso que nuestros periódicos hacen cada vez menos. Suelo preguntarme por qué los editores de diarios y periódicos se empeñan en despreciar a sus lectores, o mejor, en tratar de deshacerlos. En su desesperación por pelearle espacio a la radio y a la televisión, los editores latinoamericanos suelen pensar medios gráficos para una rara especie que ellos mismos inventaron: el

lector que no lee. Es un problema, el lector se define por leer y un lector que no lee es un ente confuso. (Caparrós, en Jaramillo, 2012: 607)

Existe la superstición de que no hay nada que ver en aquello que uno ve todo el tiempo. Periodistas y lectores la comparten: la información busca lo extraordinario, la crónica, muchas veces, el interés de la cotidianeidad, la maravilla en la banalidad. (Caparrós, en Jaramillo, 2012: 609)

El cronista mira, piensa, conecta, para encontrar en lo común lo que merece ser contado; y trata de descubrir a su vez en ese hecho lo común, lo que puede sintetizar el mundo. La pequeña historia que puede contar tantas. La gota que puede ser el prisma de otras. (Caparrós, en Silva y Molano, 2006: 9)

La crónica ya no es tenida en cuenta como aquel género que además de contar una noticia incluía interpretación y ambiente. La crónica, con Martín Caparrós –y otros periodistas latinoamericanos– representa toda la filosofía que encierra el periodismo.

6. Conclusiones

- Definir qué es la crónica periodística no es un trabajo sencillo debido a que posee un cierto carácter poliédrico. Muestra de ello es la gran variedad de definiciones existentes: muchas de ellas hacen referencia a la presencia de información, interpretación y actualidad, pero son menos las que se relacionan con la importancia de la personalidad del autor o la ambientación. A grandes rasgos, estas definiciones concuerdan con lo que es la crónica, pero quizá lo que se echa en falta es una afinación mayor, una profundidad. No parece sencillo hallar una idea común que realmente explique las bases sobre las que se asienta este género. Con el deseo de frenar esa sensación de caos que padecía, he recogido un decálogo con las principales características de la crónica; se trata de una serie de elementos inherentes al género que pretenden dar la idea completa de lo que debe estar presente en toda crónica. La caracterización se resume de la siguiente manera:

- 1) Actualidad. La crónica debe estar ligada a una cuestión concreta que está pasando, que es noticia, para situar los hechos en un contexto y darles significado.
- 2) Interpretación. El cronista lanza valoraciones al mismo tiempo que narra los hechos, pero también lo hace antes de escribir, en la selección, el orden y el enfoque de lo que cuenta.
- 3) Personalidad del autor. La crónica es la narración de un periodista que ha sido testigo de un acontecimiento y lo narra desde su visión personal –su mirada–, según su sensibilidad y formación.
- 4) Fuentes. La interpretación y la versión ofrecida por el cronista debe estar justificada por medio de unas fuentes que atestigüen que lo que se dice es cierto.
- 5) Información. La crónica siempre tiene una dimensión periodística y no puramente estética: lo que se cuenta debe estar ligado a la actualidad y ofrecer información, por lo que las cinco uves dobles estarán presentes
- 6) Narración libre. La mejor manera de contar unos hechos es emplear la narración, y aunque su estilo debe ser claro, sencillo y conciso, no existen normas de escritura.
- 7) Tema. Cualquier tema de actualidad, cualquier noticia puede ser el centro de una crónica, con especial atención a los temas de interés humano.
- 8) Destino. El público interesado en un tema seguro que lee la crónica sobre ese tema, pero el cronista debe intentar atraer a todo el público.
- 9) Ambiente. La descripción del ambiente es fundamental para conseguir que la crónica sitúe al lector en el lugar de los hechos.
- 10) Finalidad. El objetivo de la crónica es informar y orientar; tiene cierto fin didáctico.

- La confusión en torno a las definiciones también se observa en la variedad de tipologías propuestas. La mayoría de los autores coincide en una clasificación que atiende al tema del que habla la crónica, pero conviene recordar que los asuntos diarios son infinitos y los tipos de crónica también lo serían, atendiendo a ese criterio. Una crónica puede ser sobre un viaje a la Patagonia, sobre una corrida de toros, sobre una cumbre internacional, sobre un concierto de jazz, sobre la pesca de los salmones, sobre los intercambios de pareja, sobre el narcotráfico en Colombia, y sobre todos los temas que el cronista quiera, de acuerdo con la actualidad. Quizás el criterio de la clasificación geográfica pueda parecer más acertado, pues incluiría el caso de los corresponsales, los enviados especiales y las crónicas de viaje, entre otros; pero también presenta algunas dudas en cuanto a la infinidad de lugares desde los que se puede escribir una crónica.

- Entre las diversas características de la crónica periodística, hay una que destaca por encima de todas: la mirada. Es el origen no solo de la crónica, sino de todo el llamado periodismo literario porque a partir de la observación se elige un tema, se investiga y se buscan las fuentes, se destacan unos aspectos, y se cuenta de una manera u otra. Pero además de eso, la mirada hace que la crónica posea cercanía: el lector puede sentirse identificado con el cronista o puede participar, en cierto modo, en su vida; con lo que la información le llegará más. Es la virtud del periodismo literario: que no solo da datos, cuenta historias. Y eso es lo que hace que muchos cronistas tengan tantos seguidores fieles, y que sus nombres destaquen por encima que los de otros periodistas: su mirada les hace humanos.

- La crónica existe desde mucho antes de que existiera el periodismo: es el género con más recorrido. Los romanos ya plasmaban por escrito los conflictos bélicos y las hazañas históricas; escritos que estaban enmarcados en un contexto temporal, pero que todavía no incluían esa variante interpretativa. No sería hasta el ilustrado siglo XVIII, momento en el que comenzaba a oírse la palabra “periodismo” en las ciudades, cuando los escritores de los periódicos –con frecuencia enfrentados a los literatos– comenzaron a explorar el género con orígenes como el cuadro de costumbres.

- La crónica parece tener un valor distinto dependiendo de la zona geográfica. En Latinoamérica –mucho más que en Europa–, la crónica adquiere una gran magnitud: no solo es el principal género periodístico –llegando, incluso, a definir toda la filosofía del hacer periodístico de la zona: el periodismo narrativo–, sino que ha creado allí su propio universo. Además del espacio en los diarios, que cada vez es más amplio, existe una gran variedad de revistas de periodismo narrativo en las que trabajan los cronistas de cada país, y además cada vez son más populares las “crónicas de largo aliento”, es decir, las crónicas que

adquieren forma de libro por su extensión. Entre los principales cronistas latinoamericanos actuales podemos nombrar a algunos como Leila Guerreiro, Alberto Salcedo, María Moreno, Martín Caparrós... Todos ellos forman una generación de maestros de la crónica, incluidos en la tradición del Nuevo Periodismo –que apuesta por una mezcla estética de literatura y periodismo junto con una base fáctica muy potente–, iniciada por Gabriel García Márquez y otros autores a partir de los años 60.

- La corriente del Nuevo Periodismo es la que ha configurado, en cierto modo, la situación actual de la crónica española, aunque los periodistas españoles afirman que ellos ya empleaban las técnicas del periodismo literario desde mucho antes de la extensión del *new journalism* americano. La llegada del periodismo narrativo supuso el principio de una nueva etapa, una nueva forma de escribir crónicas que hoy se mantiene más en Internet que en los periódicos. Las ediciones escritas de los diarios se encuentran con problemas como la extensión o la necesidad de atención que requieren las crónicas, y por eso no es un género muy presente en ellas. Sin embargo, el género ha sabido encontrar su hueco en el lugar en el que cabe todo: Internet. Existen revistas digitales como *Periodismo Humano* y *FronteraD*, en las que sí pueden encontrarse crónicas, sin problemas de extensión.

- El objetivo principal del presente trabajo era profundizar en qué es la crónica y qué papel desempeña en el mundo periodístico. Tras esta modesta exposición del estado de la cuestión, se puede comprender la confusión y la dificultad que entraña, consecuencia de la riqueza de este género periodístico heredero de los modos de hacer de la historia y la tradición literaria. Parece inevitable que en su configuración se encuentren características propias de estas áreas del conocimiento, y si a ello se le suma la evolución continua a la que está sometido todo hacer periodístico, el resultado es un género con una gran versatilidad. Eso convierte a la crónica en una gran aportadora de información en muchos sentidos para el lector, pero también hace que su producción y comprensión teórica sea algo más dificultosa.

7. Bibliografía

ALVAR, Carlos, MAINER, José y NAVARRO, Rosa: *Breve historia de la literatura española*, Alianza, Madrid, 1997

ANGULO, María: "Mi Buenos Aires crónico y el periodismo narrativo", FronteraD, 2012, web: <http://www.fronterad.com/?q=mi-buenos-aires-cronico-y-periodismo-narrativo>

BERNAL RODRÍGUEZ, Manuel: *La crónica periodística. Tres aproximaciones a su estudio*, Padilla Editores, Sevilla, 1997.

CANTAVELLA, Juan y SERRANO, José Francisco: *Redacción para periodistas: informar e interpretar*, Ariel Comunicación, Madrid, 2004

CARRIÓN, Jorge (ed.): *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*, Crónicas Anagrama, Barcelona, 2012

CASAJÚS, J.M. y NÚÑEZ, L.: *Estilo y géneros periodísticos*, Ariel, Barcelona, 1991

CASALS CARRO, María Jesús: *Periodismo y sentido de la realidad. Teoría y análisis de la narrativa periodística*, Editorial Fragua, Madrid, 2005

CHILLÓN, Albert: *Literatura y periodismo*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1999

Diccionario de la Real Academia Española, Vigésima segunda edición, 2001, web: www.rae.es

Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, web: <http://www.fnpi.org/>

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: "Sofismas de distracción", Sala de prensa de la Web para profesionales de la comunicación iberoamericanos, 2001, web: www.saladeprensa.org

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: "El mejor oficio del mundo", recursos online de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, 1996, web: www.fnpi.org/recursos/textos/

GIL GONZÁLEZ, Juan Carlos: "La crónica periodística. Evolución, desarrollo y nueva perspectiva", Universidad de Sevilla, 2004

GOBANTES BILBAO, Maite: "Fundamentos teóricos de la entrevista periodística escrita", Universidad de Murcia, 2008

GOBANTES BILBAO, Maite: "Tema 4. Géneros. La crónica", Universidad de Zaragoza, 2013

GOMIS, Lorenzo: *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1991

GOMIS, Lorenzo: *Teoría de los géneros periodísticos*, UOC, Barcelona, 2008

GONZÁLEZ REYNA, Susana: *Géneros periodísticos 1. Periodismo de opinión y discurso*, Editorial Trillas, México D.F., 1991

- Gran Enciclopedia Larousse*, Planeta, Barcelona, 1987
- GRAÑA GONZÁLEZ, Manuel: *Ejercicios y orientación del periodismo*, C.I.A.P., Madrid, 1930
- GRIJELMO, Álex: *El estilo del periodista*, Taurus, Madrid, 2008
- HERRSCHER, Roberto: *Periodismo narrativo. Cómo contar la realidad con las armas de la literatura*, RIL editores, Santiago, 2009
- JARAMILLO, Darío (ed.): *Antología de crónica latinoamericana actual*, Alfaguara, Bogotá (Colombia), 2012
- MARTÍ, José: *Crónicas: antología crítica*, Alianza Editorial, Madrid, 1993
- MARTÍN VIVALDI, Gonzalo: *Géneros periodísticos. Reportaje. Crónica. Artículo*, Paraninfo, Madrid, 1986
- MARTÍNEZ AGUNAGALDE, Florencio: *Del uso de la entrada en los textos periodísticos informativos e interpretativos*, Fragua, Madrid, 1997
- MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis: *Aproximación a la teoría de los géneros periodísticos*, en CANTAVELLA, Juan y SERRANO, José Francisco (coords.): *Redacción para periodistas: informar e interpretar*, Ariel, Madrid, 2004
- MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis: *Curso general de redacción periodística*, Mitre, Barcelona, 1983
- MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis: *El lenguaje periodístico*, Paraninfo, Madrid, 1989
- MARTÍNEZ DE SOUSA, José: *Diccionario de información, comunicación y periodismo*, Paraninfo, Madrid, 1992
- PIZARROSO QUINTERO, Alejandro: *Historia de la prensa*, Editorial Centro de estudios Ramón Areces, Madrid, 1994
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Jorge Miguel: *Contar la realidad. El drama como eje del periodismo literario*, 451 Editores, Madrid, 2012
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Jorge Miguel y ANGULO EGEA, María. *Periodismo literario*, Fragua, Madrid, 2010
- RODRÍGUEZ WANGÜEMERT, Carmen: "Las crónicas: algunas ideas sobre la credibilidad en el periodismo interpretativo", *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, Universidad Complutense de Madrid, 2005
- ROTKER, Susana: *La invención de la crónica*, Fondo de cultura económica de España, México, 2006
- SILVA, Miguel y MOLANO, Rafael (ed.): *Las mejores crónicas de Gatopardo*, Editorial Debate, Bogotá, 2006
- VALDECANTOS, Camilo: "A la búlgara", artículo del Defensor del Lector de El País, sección Opinión, 3 de noviembre de 2001
- VAN DIJK, Teun Adrianus: *Discurso y Comunicación*, Berlín/N.York, 1905

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel: *Historia y comunicación social*, Alianza Editorial, Madrid, 1985

WELLEK, René y WARREN, Austin: *Teoría literaria*, Gredos, Madrid, 1981

YANES MESA, Rafael: “La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación”, *Espéculo*, Universidad Complutense de Madrid, 2006, web: www.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html